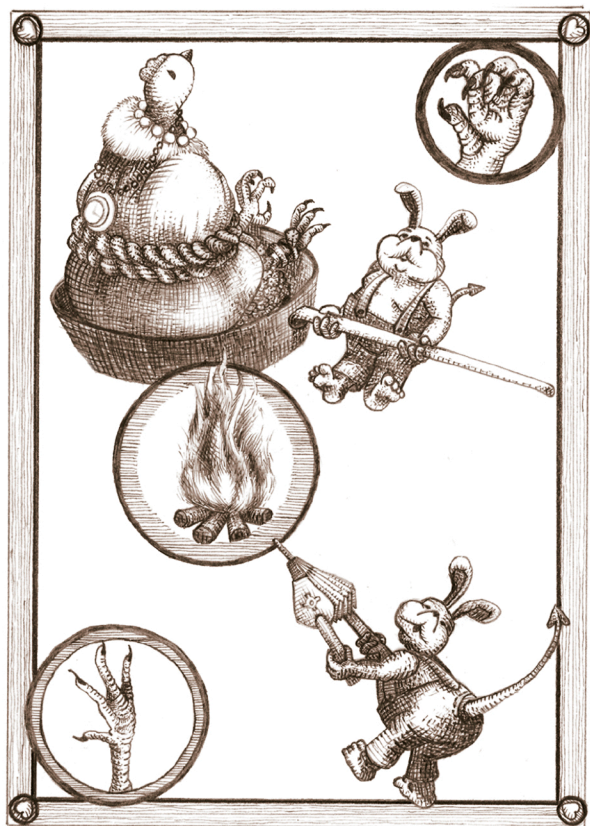




Crónicas económicas II

alegorías, contornos y contrapesos
del poder financiero

Monika Meireles



BREVIARIOS DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS



Crónicas económicas II: alegorías, contornos y contrapesos del poder financiero



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Dr. Luis Agustín Álvarez Icaza Longoria

Secretario Administrativo

Dra. Guadalupe Valencia García

Coordinadora de Humanidades



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Dr. Armando Sánchez Vargas

Director

Dra. Isalia Nava Bolaños

Secretaria Académica

Ing. Patricia Llanas Oliva

Secretaria Técnica

Mtra. Graciela Reynoso Rivas

Jefa del Departamento de Ediciones

CRÓNICAS ECONÓMICAS II: ALEGORÍAS, CONTORNOS Y CONTRAPESOS DEL PODER FINANCIERO

Monika Meireles



Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución editora.

Primera edición impresa, 2020.

Primera edición electrónica en pdf: mayo 2021.

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Coyoacán,
04510, Ciudad de México.

D.R. © INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
Circuito Mario de la Cueva s/n,
Ciudad de la Investigación en Humanidades,
04510, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-30-4597-1

Ilustraciones interiores y de portada: Mona Shikida
Diseño de portada: Laura Elena Mier Hughes
Cuidado de la edición: Héliida De Sales Y.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México/*Made in Mexico*.

DEDICATORIA

A los estudiantes de la Facultad de Economía de la
Universidad Nacional Autónoma de México,
por mantener vivo el espíritu crítico
en compañía de dulce camaradería.

ÍNDICE

Presentación	11
<i>Armando Sánchez Vargas</i>	
Prólogo	13
<i>Raúl Bravo Aduna</i>	
Sobre las ilustraciones	16
<i>Tiago Santinho</i>	
Introducción	17
1. Los exiliados del crédito en México	35
2. ¿Existe el crédito ideal?	47
3. Estorbosos: bancos demasiado grandes para quebrar	61
4. La colmena: fondos de inversión y jubilación (con)fabulados	77
5. “Con la ayuda de papi”: meritocracia y remuneración en el sector financiero	95

6. Desigualdad de género en las finanzas personales	107
7. Microfinanzas y mujeres: de la promesa de autonomía a la perpetua desigualdad	119
8. Lula allá, AMLO acá	129
9. Brasil 2018: réquiem por la democracia	137
10. Futuro hipotecado: los recortes a la educación superior en Brasil	149
11. Los fantasmas de América Latina: estancamiento económico, vulnerabilidad externa y pandemia	161
12. Covid-19 en Estados Unidos: racismo, desigualdad y otras inmunodeficiencias del sistema	177
Semblanzas	191

PRESENTACIÓN

La colección Breviarios del Instituto de Investigaciones Económicas surge del interés por compartir el conocimiento en temas económicos y sociales que analizan el acontecer de nuestro tiempo. Busca abrir las puertas al público más amplio interesado en comprender la situación de la economía mundial y de las alternativas que ofrece la ciencia económica para abordar los grandes problemas nacionales e internacionales.

Con esta colaboración el IIEC suma a uno de los grandes propósitos de la Universidad Nacional Autónoma de México, de poner al alcance de la sociedad los frutos de la ciencia y el pensamiento que contribuyan a mejorarla y engrandecerla.

ARMANDO SÁNCHEZ VARGAS
Director

PRÓLOGO

Raúl Bravo Aduna
Editor de "Economía y sociedad"
de la revista *Nexos*

A veces cae gordo tener que recurrir a las palabras de otros para expresar las ideas propias. Sin embargo, de manera casi invariable, cuando tengo el privilegio de leer el trabajo de Monika Meireles, hacen eco en mi cabeza –y me atrevería a decir que hasta en mi alma– unos versitos del poeta T. S. Eliot incorporados a los coros de su obra de teatro *The Rock*. En ellos, se encabalgan tres preguntas que se antojan fatídicas a la luz de un siglo XXI tan presuroso como el que vivimos: *Where is the life we have lost in living? / Where is the wisdom we have lost in knowledge? / Where is the knowledge we have lost in information?* Cada vez es más difícil entender las diferencias entre información, conocimiento y sabiduría. Y cada vez es más difícil poder caminar hacia esta última, sobre todo cuando las presiones de la velocidad se imponen. *Publish or perish!* se dice en circuitos académicos, pero lo mismo aplica para medios masivos de comunicación. Al respecto, las conclusiones a las que Eliot llega más adelante en esos mismos coros son más aciagas todavía;

tanto, que quizá ni valga la pena recordarlas en un pequeño prólogo como este.

Y es que Eliot, a diferencia nuestra, no tuvo la dicha de leer los ensayos de Monika en los que, precisamente, se conjugan información, conocimiento, y más increíble aún, sabiduría; más impresionante incluso, cabe mencionar que son textos e ideas trazados con una pluma divertidísima y juguetona que no está dispuesta a sacrificar la imaginación sociológica que tanto le hace falta a la literatura económica especializada. Ni se diga a la divulgación económica que suele reducirse a la recitación de cifras que se riegan en periódicos y revistas como simulacros de ideas. Ni se diga, también, a nuestras vidas cotidianas como entes económicos. En estos términos es que la obra de Monika se puede leer como una llena de ímpetu científico romántico, aquel que ingenuamente (en el mejor sentido de la palabra) busca la verdad para poder mejorar en algo el contexto en el que se inscribe, que nos enseñe, en mayor o menor medida, a *vivir* mejor.

Los ensayos contenidos en este libro son muestra de la brillantez de Monika y son muestra, asimismo, de que otra divulgación económica es posible. Que se me perdone recurrir de nuevo al cementerio para hacer hablar por mí a alguien más, pero la anécdota lo vale, lo prometo. En alguna de las cartas que Hirschman (otro de esos titanes de la economía que nunca sacrificó sabiduría por mero conocimiento) escribió

al filósofo Eugenio Colorni se lee que debían “demostrarle a Hamlet que se equivoca”; es decir, aceptar que era posible estudiar, pensar, reflexionar *ad nauseam* sin quedar paralizado por ello. En suma, que la acción no se contraponía a la sabiduría, sino que, por el contrario, tendría que ser un final esperable de esa cadena y que toda esa construcción científica, a la postre, debía suponer una mejor vida para una mayoría.

Por esto último, me fascina leer a Monika. La información y el conocimiento están ahí, en sus textos; son bases trabajadas por años, palpables, pero que al pasar por la buhardilla de su sabiduría se vuelven asequibles e incluso disfrutables a la hora de leerla. Se vuelven, de hecho, necesarios. Monika le demuestra a Hamlet que se equivoca.

Where is the wisdom we have lost in knowledge?, pregunta Eliot. Y yo, sin titubear, le puedo responder que esa sabiduría está, vivita y luminosa, entre las palabras, ideas y páginas de este libro que nos toca celebrar.

SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Tiago Santinho
Crítico de arte

Mona Shikida aceptó el desafío de encontrar la forma de buscar “imágenes” para representar la agitación inconsciente y la desorientación violenta que nos impone el caos económico al que sobrevivimos. El tono anacrónico de sus dibujos: perdidos entre lo contemporáneo del tema y lo sombrío de sus *iluminuras*, están contaminadas de Hieronymus Bosch, el Bosco, entre otras referencias a lo grotesco. El diálogo con el texto de Monika Meireles se da a partir del uso estratégico de alegorías, en un primer momento, de la fábula “La cigarra y la hormiga”, y la expande con la introducción de otros personajes para intentar *ilustrar* ciertos fenómenos, intensificando lo bizarro, lo ininteligible, lo burlesco. Así, las ilustraciones aquí reafirman el carácter alucinante, insólito y oblicuo de la economía actual.

INTRODUCCIÓN

El libro que el lector tiene en las manos es la segunda parte de un proyecto más amplio de divulgación de las ciencias económicas, en específico de los temas relacionados con el entrecruce de la economía financiera y el desarrollo económico, que arrancó con el libro *Crónicas económicas: finanzas y desarrollo al por menor*, publicado en 2019 también por el Instituto de Investigaciones Económicas (IIEC-UNAM). Tanto en aquel entonces como ahora, justamente en la introducción del libro, reflexionamos sobre el doble desafío de escribir divulgación científica que funge como motor de nuestra labor editorial: “1) no vulgarizar el argumento científico, sino tener presente que la ambición de entablar un diálogo con un público más amplio no significa distorsionar la discusión; y 2) no arrastrar un vocabulario hermético –tan típico de la academia profesional– al texto que tiene como objetivo crear un vehículo de comunicación más popular y realmente comprometido en difundir los avances logrados con la investigación” [Meireles, 2019: 17]. Así, de forma muy semejante al libro anterior, los textos que hemos aquí agrupado tienen como denominador común el esfuerzo por tratar de alejarse de las dos prácticas antes descritas, combinando un lenguaje

claro –sin que eso implique subestimar la capacidad de entendimiento del público no-especialista y más amplio al cual está destinado el trabajo– con rigurosidad científica.

La escritura que hemos procurado ejercitar se enriquece con elementos típicos de la crónica, desde luego adaptados a la discusión del quehacer cotidiano de la economía financiera. Por eso seguimos bautizando como “crónicas económicas” el género donde uno pudiera catalogar este trabajo. Así, buscamos encontrar el punto de contacto entre una narrativa con aspiraciones literarias y el discurso científico de la economía heterodoxa¹ para desmenuzar temas que aparentemente no se prestarían a una lectura más amena –pero que pueden serlo a partir del empleo

¹ Nuestro entendimiento de lo que es la *economía heterodoxa* sigue la definición de Lavoie [2005], destacando que las múltiples escuelas de pensamiento económico que la componen –marxismo, institucionalismo, poskeynesianismo y la economía crítica feminista, entre otras– tienen por sustrato común contradecir los principales preceptos de la economía neoclásica dominante, ofreciendo una explicación alternativa al fenómeno económico a ser estudiado. Así, por ejemplo, en lugar de adoptar el individualismo metodológico, las vertientes de la economía heterodoxa se preocupan por el estudio de la producción y distribución del excedente económico, y de analizar las relaciones de poder que influyen en los sistemas económicos. Sin embargo, también entendemos que presentar la economía heterodoxa por la vertiente negativa, como “todo aquello que no es la corriente principal” es un mito [Harvold-Kvangreven y Alves, 2020], porque no da el énfasis suficiente en la agenda positiva de investigación que cada una de las escuelas vienen conduciendo.

de esta estrategia—, como la función social del crédito, el comportamiento de los fondos de inversión, la bancarización de la población y el sesgo de género en esta problemática, entre tantas otras materias de esta misma naturaleza que se analizan en el libro.

Dando continuidad al proyecto de difusión, el presente libro tiene por título “Crónicas económicas II: alegorías, contornos y contrapesos del poder financiero”. El título va en dos partes, siendo la primera, como ya se ha explicado, lo que amarra el libro con su predecesor. Por su vez, lo que viene después de los dos puntos nos da pistas de la inquietud común que funge como hilo que amarra a los capítulos entre sí—a pesar de las distintas temáticas tratadas en cada uno de ellos—. Entonces, de forma alegórica, se cuentan diversas facetas de las finanzas tratando de poner al desnudo el significado comúnmente escondido tras el denso velo de la lectura ortodoxa de la economía financiera. O sea, apostando que solo con la interpretación anclada en la heterodoxia del pensamiento económico es posible superar la falacia de la economía convencional—para la que “más finanzas en la vida económica siempre serán un elemento positivo”—, se pueden vislumbrar las implicaciones reales de la desmedida impronta del poderío financiero en la acumulación del capital en el capitalismo contemporáneo. Pero no se trata únicamente de señalar los efectos dañinos de la exacerbación del poder de los agentes financieros,

también buscamos señalar cuáles son los elementos y los contrapesos que se presentan en su camino, en especial en lo que dice respecto de la rehabilitación del papel del Estado como regulador firme de las actividades de este sector.

En una palabra, buscamos el ejercicio de una narración más fresca del quehacer cotidiano de las instituciones financieras, resaltando el potencial nocivo de la actuación de las finanzas desreguladas, y de manera simultánea, ofrecer una nueva ráfaga de aire sobre cómo podrían organizarse mejor los servicios financieros en provecho de la mayor parte de la población.

Antes de entrar a comentar brevemente cada uno de los capítulos, quisiéramos agregar unas palabras sobre las ilustraciones de Mona Shikida que acompañan en proficuo diálogo a los textos. No se trata nada más de obras originales y bellísimas elaboradas exclusivamente para este libro. La artista, alguien en extremo interesada en temas de la política latinoamericana, versada en los debates de las ciencias sociales y sensible a la problemática de cómo las finanzas pueden llegar a tener un efecto disruptivo en el día a día de la vida de las personas, supo traducir las inquietudes trabajadas en los textos en un lenguaje visual único, y con ello estimular que el lector reinterpretara cada uno de los textos a partir de la apreciación de las ilustraciones. El constante diálogo entre ilustración

y palabra escrita, en un libro adulto y de no ficción, no es muy usual, infelizmente. Pero nos parece un ejercicio sumamente estimulante para la imaginación el hecho de convocar al lector a entrar en ese juego de espejos, un pasillo donde el eco de un lenguaje en el otro le permita redimensionar la experiencia lectora y darle nuevo sentido, no solo guiado por la razón al adentrarse en los temas de la economía financiera que aquí se abordan.

Además, una vez que le pasamos el borrador del trabajo escrito, Mona comentó su intención de jugar con la obra de Hieronymus Bosch para preparar los dibujos. De su lectura del libro surgió ese puente entre lo infernal de un mundo controlado por el poder financiero y el universo pictórico del pintor de los Países Bajos. Nos pareció extremadamente feliz la decisión de la artista, ya que Bosch quizá sea quien mejor haya logrado hacer “del grotesco un vehículo de la sátira moral” [Fischer, 2013: 15], una ruta más que apropiada para destacar los siniestros contornos del poder financiero hoy día. Así, la inquietud de crítica al aspecto destructivo que pueden llegar a tener las finanzas desreguladas –y el rol incluso de alerta o denuncia a la ciudadanía– se ve vertida en ilustraciones que la hacen brillar más, aunque la luz y la esperanza se filtren solo de modo marginal en el aterrador universo shikida-boschiano donde vamos adentrándonos.

Dicho lo anterior sobre la conexión ilustración-texto, pasamos a examinar rápidamente el tema de los capítulos del libro. El primero de ellos, titulado “Los exiliados del crédito en México”, se dedica a analizar el fenómeno de la bancarización. Se demuestra que, en el caso de América Latina, en donde destaca negativamente México, habría que hablar más bien de la baja bancarización, o sea, de la existencia de una verdadera multitud de individuos que se encuentran al margen del sistema financiero formal, que no usan una tarjeta de crédito o tampoco tienen cuenta en un banco. La ausencia de su inserción en el circuito bancario facilita la aparición de “coyotes” legales del crédito predatorio, como lo son las microfinancieras privadas, y rehenes de los “tiburones” del préstamo informal. También se discute en el capítulo que la forma más promisorio para que se dé efectivamente la democratización del acceso al crédito es favorecer el florecimiento de un sector bancario privado menos oligopolizado y el fortalecimiento de la banca pública.

“¿Existe el crédito ideal?”, el segundo texto, reflexiona sobre la naturaleza del crédito como un fenómeno económico-social de dos caras: tanto impulsor del desarrollo de las fuerzas productivas y del desarrollo económico, como potencial desestabilizador de la economía cuando se destina al apalancamiento de posiciones meramente especulativas. Además se analiza cómo la tendencia a la innovación financiera acaba por favorecer

a las grandes empresas que tienen una clara ventaja en términos de acceso al crédito en condiciones más favorables que las de sus competidores más pequeños, contribuyendo así a que se merme la competencia en los segmentos de mercado en los que actúan. Sin riesgo de cometer de forma accidental un *spoiler*, podemos adelantar que el crédito ideal sería aquel destinado a financiar la expansión de la capacidad productiva, que contribuya a la generación de empleos y a la consolidación de mejores salarios.

En bastante sintonía con el capítulo anterior, el texto “Estorbosos: bancos demasiado grandes para quebrar”, se dedica a estudiar la reconfiguración del sector bancario en el marco de la financiarización, de la desregulación financiera y la competencia entre los grandes conglomerados bancarios. De la mano de estos megabancos, las operaciones con capitales transfronterizos son la expresión máxima de la dimensión mundial de la circulación del capital, mostrando cómo la transformación del modelo de conducción del negocio bancario contribuyó a la relajación del marco regulatorio del sector. Aunado a lo anterior, la innovación tecnológica y contractual que catapultó a los cielos la posibilidad de nuevos productos financieros ofertados por los grandes bancos globales deja atrás los intentos de supervisión y regulación de las prácticas bancarias.

Una de las dimensiones que más ha afectado la actual reconfiguración en las finanzas se encuentra en el sector de las jubilaciones, por lo que el cuarto texto, titulado “La colmena: fondos de inversión y jubilación (con)fabulados”, profundiza en el análisis del estrecho vínculo entre los fondos de inversión y el ahorro de la clase trabajadora. En el pasado, los fondos de jubilación se gestionaban por medio de mecanismos público-gubernamentales, en los cuales los trabajadores aportaban durante su vida laboral para obtener una pensión digna en aquella etapa de la vida en la que cada vez más personas dependen de los cuidados de los demás. Sin embargo, el anterior “sistema solidario” de pensiones ha sido sustituido gradualmente por uno de “capitalización” en el que ahora existen nuevos actores, como las Administradoras de Fondos para el Retiro (Afores) en México, por lo que la gigantesca masa de recursos para la vejez ahora alimenta el circuito de diversos productos financieros para su valorización y en el camino dejan gordas comisiones para las empresas que gestionan esos recursos. A su vez, cuando se llega el momento de la repartición final del pastel, no siempre le toca al trabajador una parte satisfactoria de la rebanada para que él tenga un retiro digno.

“Con la ayuda de papi: meritocracia y remuneración en el sector financiero”, el quinto capítulo del libro, aporta a las reflexiones en torno a la reconfiguración

e implicaciones de las finanzas al abordar un aspecto importante: dentro de la ilusión de la meritocracia en la que vivimos, la oda al “trabaja duro” no garantiza éxito en la realidad del capitalismo financiarizado de hoy. Es decir, el patrimonio inicial, los múltiples privilegios y los contactos emanados de la posición social preestablecida cuentan mucho para marcar el punto de llegada de cada individuo. Esto queda explícito en el análisis de cómo la remuneración en el interior del mismo sector financiero estadounidense es desigual, argumentándose que los funcionarios de la alta gerencia se conocen desde la vida universitaria. Así, la lógica del capitalismo liberal-meritocrático también empeora la distribución interpersonal del ingreso: aquellos que ya son ricos en capital tienden también a ser los privilegiados en la acumulación de “capital humano” y obtención de salarios más altos.

En el sexto capítulo, titulado “Desigualdad de género en las finanzas personales”, se ofrece una reflexión crítica en torno al papel de las mujeres dentro del sistema financiero, destacando la existente discriminación en el acceso al crédito. Como es bien sabido, la reputación de que México es un país machista no es inmerecida, y ostentar el título de campeón mundial en las tasas de feminicidio es solo una de las facetas de este gravísimo problema. El “machismo a la mexicana” deja una mancha incómoda en los diferentes

ámbitos de la vida social, política y económica, encargándose de que las mujeres en el país no tengan trato igualitario en ninguno de esos asuntos. Así, en este capítulo se habla de la brecha que existe entre hombres y mujeres en las finanzas personales, caracterizada por el poco acceso que tienen las mujeres a una cuenta bancaria, lo que las lleva a tener una modesta participación en la adquisición de productos financieros, seguros, Afores, etcétera. En síntesis, se argumenta cómo la existencia de una marcada desigualdad de género en las finanzas retroalimenta un patrón de desigualdad más amplio y refuerza el andamiaje patriarcal del capitalismo contemporáneo.

Dando continuidad al tema de las finanzas con perspectiva de género, en el séptimo capítulo, “Microfinanzas y mujeres: de la promesa de autonomía a la perpetua desigualdad”, en coautoría con Daniela Bernal, se aborda el papel de las microfinancieras en la profundización de la dominación masculina en el capitalismo financiarizado. En el texto se argumenta a favor de mejores condiciones para la inclusión financiera femenina; dado que las mujeres son las clientas favoritas de las microfinancieras privadas, este nuevo actor que al garantizar condiciones de abultada rentabilidad para sus inversionistas simultáneamente aplica tasas de interés extorsivas al conceder crédito. Así, las mujeres trabajadoras que engrosan las filas de la clientela de las microfinancieras están “amarradas” a un

círculo vicioso de reproducción de la desigualdad y de aumento de la pobreza.

Con el octavo capítulo, “Lula allá, AMLO acá”, se inaugura la última parte del libro, donde nos dedicamos, en una tonada donde el timbre del análisis más político entre en el diapasón de la perspectiva económica, a examinar procesos económico-sociales más coyunturales de los países latinoamericanos. Así, aquí se invita a reflexionar sobre las coincidencias políticas de Brasil y México, a raíz de que el segundo está experimentando su primer gobierno progresista del siglo XXI, con Andrés Manuel López Obrador. Brasil, con la experiencia de los dos gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT), tiene un par de lecciones de las cuales México puede aprender algo. En ambos proyectos, abundan las resonancias. La más evidente de todas es la política sujeta a la personalidad de sus líderes, quienes precisamente con su carisma crearon el camino para que sus movimientos a la izquierda del espectro ideológico llegaran finalmente a buen puerto: la anhelada presidencia. Es precisamente este tono, que ha tenido críticas por el rasgo incómodamente cercano a lo dogmático-autoritario, lo que suele agotar el espíritu democrático del progresismo. Por otra parte, los canjes que ambos tuvieron que hacer para que sus programas de gobierno aseguraran la victoria y la gobernabilidad de sus mandatos, les han dado una gran desazón a quienes por

mucho tiempo han seguido sus trayectorias, también haciéndolos pecar de incoherencias y abriendo una alameda de posibilidades para sus críticos.

En las últimas décadas, Brasil se ha tenido que enfrentar a varios retos como la desigualdad y la exclusión social, que con un esfuerzo monumental de políticas públicas implementadas en los gobiernos del PT ha sabido dar cabida con algunos logros. Por ello, en el noveno capítulo “Brasil 2018: réquiem de la democracia”, en coautoría con Regina Crespo, se analiza el retroceso representado por la victoria de Jair Bolsonaro a la presidencia en 2018. Además, el trabajo ofrece un paisaje desalentador para el futuro cercano del país sudamericano: ¿Cómo explicar la victoria de un candidato que promueve el fin de las políticas de inclusión social y hace un viraje de regreso al neoliberalismo? Varias observaciones pueden hacerse a partir del opaco proceso electoral, todavía con sabores semejantes al reciente golpe parlamentario contra Dilma Rousseff para destituirla de la presidencia en 2016. Entre ellas, la indiferencia de las autoridades electorales para detener la campaña de *fake news* en redes sociales que estaba demonizando a la izquierda, o la imposibilidad de que Lula da Silva pudiese competir por ser acusado de un crimen que no pudo comprobarse. Lo que más llama la atención, sin embargo, es la afinidad que millones de votantes encontraron en el discurso conservador de Bolsonaro y el

hecho de que haya existido una abstención electoral de más de 30 millones de brasileños.

También en colaboración con Regina Crespo nos dedicamos a la reflexión sobre un tema fundamental de la actualidad de la vida social brasileña: la profunda disminución del presupuesto para la educación por parte del gobierno de extrema derecha de Jair Bolsonaro. Así, en el décimo capítulo, titulado “Futuro hipotecado: los recortes a la educación superior en Brasil”, se analizan el recorte en educación en distintos ámbitos e instituciones, y por si no fuera poco este golpe a la educación pública, gratuita y de calidad, también se examina el ataque a la investigación científica, con la suspensión de becas para los estudiantes de posgrado. El texto finaliza haciendo referencia a la alianza antidemocrática entre el *bolsonarismo* y el *lavajatismo*, dados los estrechos vínculos entre el gobierno actual con el entonces juez Sergio Moro.

En el penúltimo texto del libro se hace un balance general de cómo la pandemia por covid-19 afecta de forma inexorable a las economías latinoamericanas. Así, el texto “Los fantasmas de América Latina: estancamiento económico, vulnerabilidad externa y pandemia”, en coautoría con Claudio Todd, comienza abordando la tendencia al bajo crecimiento del producto interno bruto (PIB) regional en los últimos años, en conjunto con las proyecciones de la Comisión

Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) para el 2020. Se destacan los mecanismos de transmisión de la crisis sanitaria a la vida económica de la región por medio de: a) la caída de los precios de las materias primas; b) la interrupción de los circuitos de las cadenas globales de valor; c) la menor demanda del servicio turístico; y d) el empeoramiento de las condiciones financieras globales. Así, la llegada de la covid-19 complejiza un escenario ya cargado de incertidumbre y nos obliga a replantear las posibilidades de reactivación de la economía de la región en el marco de reconstrucción de un sendero de desarrollo con profundización democrática e inclusión social.

Finalmente, el libro culmina con un doceavo capítulo, escrito muy al calor del contexto actual con las implicaciones económicas que ha traído la pandemia para las poblaciones más vulnerables. En el texto “Covid-19 en Estados Unidos: racismo, desigualdad y otras inmunodeficiencias del sistema”, en coautoría con Arturo H. Mejía e Itzel Dueñas, se muestra un panorama de las afectaciones económico-sociales que la crisis de salud ha traído para las minorías en Estados Unidos, haciendo una comparación con algunos países latinoamericanos y subrayando que son los trabajadores en labores de más baja remuneración, en su mayoría afrodescendientes e hispanos, quienes han sostenido las medidas de confinamiento.

Un proyecto editorial nunca es resultado exclusivo de una labor solitaria. Así, quisiera externalizar mi más profundo agradecimiento a aquellas personas que con incansable compromiso, extremo profesionalismo y una dosis cargada de alegría hicieron posible que este libro saliera a la luz. Obviamente, errores y omisiones deben ser considerados, únicamente, mi responsabilidad.

En primer lugar, debo agradecer el apoyo financiero fundamental brindado por los recursos del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica para el proyecto “Finanzas transfiguradas e implicaciones para el desarrollo: metamorfosis de los actores financieros en economías emergentes” (PAPIIT IN302020) de DGAPA-UNAM. Entre otros apoyos, las becas otorgadas para los estudiantes en el marco del proyecto son absolutamente fundamentales, tanto para aliviar la carga de trabajo del académico —quien se ve directamente beneficiado de la enérgica y creativa asistencia a la investigación brindada por los jóvenes alumnos de la UNAM—, como para consolidar una perspectiva analítica mediante la formación continua de nuevos cuadros en el campo de la economía financiera. Así, dejo registradas mis “gracias totales” a: Alan Olguín, Alejandra Beltrán, Arturo Hernández, Carlos Chablé, Celso González, Claudio Todd, Eduardo Galicia, Eduardo Torres, Karla Ché y Silvia Bermúdez.

En especial, quisiera destacar la importancia del trabajo imprescindible realizado por Itzel Dueñas y Daniela Bernal. A ellas les agradezco de todo este corazón binacional por enseñarme cada día que uno siempre puede mejorar, que la excelencia nace de la obstinada perseverancia, y por la paciencia (casi) infinita que me tienen.

Agradezco al Instituto de Investigaciones Económicas (IIEC-UNAM), en especial al doctor Armando Sánchez Vargas (Director) y a la doctora Isalia Nava Bolaños (Secretaria Académica) por estimular un ambiente de trabajo democrático y respetuoso, donde nuevas iniciativas siempre encuentran buena acogida institucional. También quisiera agradecer a la maestra Graciela Reynoso Rivas (Jefa del Departamento de Ediciones), quien nos contagia con el amor por el libro. Por último, mis agradecimientos relacionados con la institución donde trabajo no estarían completos sin mencionar a mis queridas compañeras, con quienes comparto mucho más que el pasillo del segundo piso, lado derecho, y el hecho de ser parte de la Unidad de Investigación de Economía Fiscal y Financiera: Iris Guevara, Alicia Girón y Patricia Rodríguez, gracias por acompañarme constantemente en la ruta donde se imbrican desarrollo académico y humano.

De igual forma, agradezco muchísimo la cesión de derechos y la festiva camaradería de mis coautores: ¡gracias, Regina Crespo, Daniela Bernal y Claudio

Todd, Arturo H. Mejía e Itzel Dueñas! Ojalá pronto “los caminos de la vida” nos vuelvan a juntar para escribir juntos nuevamente, nuevamente y nuevamente. No puedo dejar de anotar que con Regina tengo una deuda aún más grande —para mi suerte es un adeudo en reales brasileños y no en dólares—, por señalarme de manera generosa cómo es posible equilibrarse y sentirse en casa con un pie en el hemisferio norte y el otro en el sur.

Un libro que reúne textos publicados originalmente en otros vehículos de comunicación solo gana forma como una antología posible si ellos apoyan la iniciativa. Así, también quiero reconocer vivamente la importante labor de los medios donde los trabajos aquí recompilados fueron publicados por primera vez y se mencionan a continuación: *Boletín del Grupo de Trabajo de Crisis y Economía Mundial de Clacso* (gracias en especial a Josefina Morales); blog “Economía y sociedad” de la revista *Nexos* (gracias a Raúl Bravo, quien aquí también nos brinda un prólogo tan alentador); *Boletín Coyuntura Económica* (Coordinación de Análisis Macroeconómico Prospectivo-Instituto de Investigaciones Económicas, CAMP-IIEC) coordinado por José Manuel Márquez, y *Revista Común* (gracias por la invitación de Diana Fuentes).

Por último, quiero expresar mi más tierno agradecimiento al núcleo duro de familiares y amigos que no se cansan de brindarme su apoyo incondicional.

Gracias a Mona, por animarse a ser parte de esta aventura y por ofrecernos esta colección única de hermosas ilustraciones (uno tiene que escribir mejor para estar a la altura de tu trazo). Gracias miles a mi familia brasileña, especialmente a mi abuela Rosinha, a mi madre, a César, a Thelma y a Jujuba. A todos mis amigos en México, pero principalmente al clan Montiel-Martínez, quienes adoptaron a Lila, Knita y a mí (una manada callejera con vocación hogareña). Gracias sobre todo a Paty, quien hace de la estructura el biocombustible de nuestro colorido cotidiano.

REFERENCIAS

- Fischer, S. [2013], *Hieronymus Bosch: The Complete Works*, Cologne, Taschen.
- Harvold-Kvangraven, I., y C. Alves [2020], “¿Por qué tan hostil? Quebrando mitos sobre la economía heterodoxa”, *Ensayos de Economía*, 30(56): 230-245.
- Lavoie, M. [2005], *La economía postkeynesiana: un antídoto del pensamiento único*, vol. 218, Icaria Editorial.
- Meireles, M. [2019], *Crónicas económicas: finanzas y desarrollo al pormenor*, Instituto de Investigaciones Económicas (IIEC-UNAM).

1. LOS EXILIADOS DEL CRÉDITO EN MÉXICO²

Pensar en las modalidades de “exilio” nunca es un tópico de conversación placentero. El exilio, así a secas, nos remonta al forzoso movimiento de deportar individuos de su lugar de origen. Extirpar a uno del calientito útero patrio. No raras veces, el exilio se da por motivaciones de índole política; se trata de la anulación de una opinión disonante por medio del nada democrático método del “te arrancas y te vas”. Desde los griegos, es bastante popular la práctica de aislar al elemento incómodo, aventándolo a los insondables rincones de la inhóspita tierra extranjera. Está cabrón. Nada tan inhumano –o, mejor dicho, tan contradictoriamente humano– como eso de que te castiguen tan cruelmente, pero tan cruelmente como para quitarle todo su mundo a uno. Exactamente a eso aspira el exilio forzoso por motivaciones políticas: hacerte desaparecer solo con dislocarte. México, en la historia de la diplomacia en las relaciones internacionales, siempre fue reconocido como país huésped, acogedor de ingentes contingentes de exiliados políticos que llegaron en varias olas. De la Guerra Civil Española, pasando por las dictaduras de los sesenta y setenta

² Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 3 de julio de 2018.

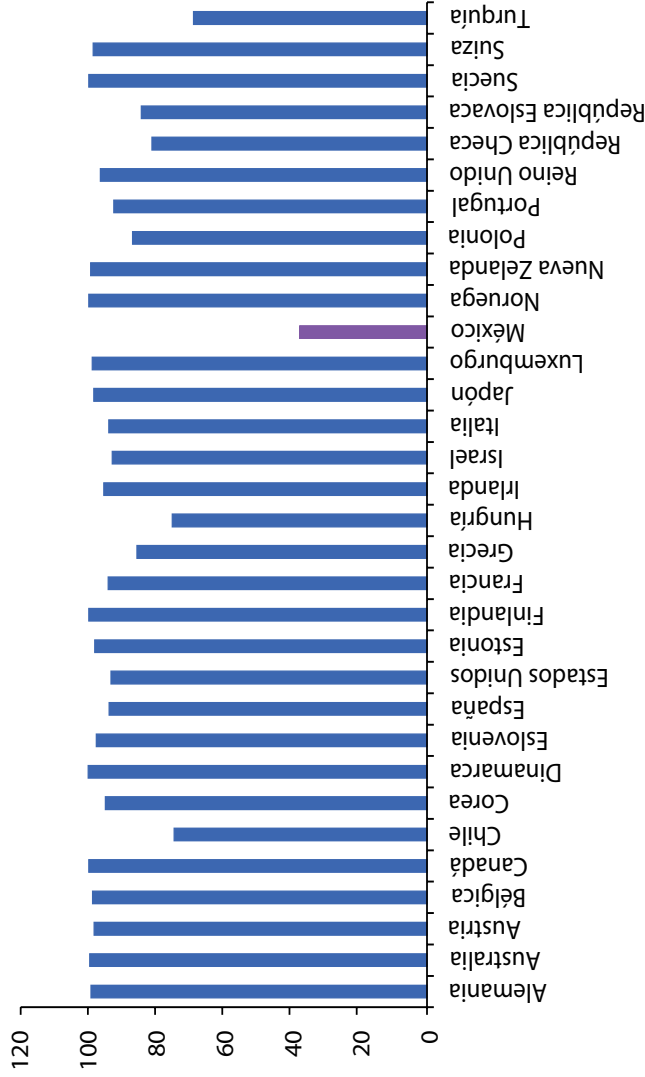
en el Cono Sur, el país azteca recibió a aquellos que aquí reinventaron su ideal de hogar. En los años noventa, el fenómeno más común fue el del “exiliado económico”, gente que ante las crisis en su país de origen buscó aquí una oportunidad. El florecimiento de los restaurantes de espadas brasileñas en varias colonias de la Ciudad de México (CdMx) y la entrada definitiva de la empanada argentina a la dieta nacional son, en parte, reflejo de ese movimiento. Sin embargo, no hay que olvidar que, como contracara de la vocación hospitalaria mexicana, nos encontramos con la atroz realidad de que el modelo económico –que se caracteriza por el ingrato binomio subordinadamente financiariado y maquillador [Powell, 2013]– expulsa a contingentes de paisanos al vecino del norte.

Aprovechemos que estamos en tiempos del Mundial de Rusia y traigamos la pelota de la discusión sobre “exilios” a una cancha un poco más familiar a nuestra cotidiana labor investigativa. Así, tratemos de perfilar tantito la idea de no-pertenencia que reviste ese tema al dulce, colorido y entretenido universo de los bancos. En México, encontramos una verdadera multitud –capaz de llenar uno, dos, tres y muchos más Maracanás– de desterrados del sistema bancario formal. Aquí los llamaremos genéricamente *exiliados del crédito*, pero la ausencia del acceso al crédito formal es nada más una de las restricciones que amputan sus ya mutilados derechos ciudadanos. Los exiliados del crédito son hombres y mujeres que en su propia

tierra están definitivamente apartados de la posibilidad de contratar servicios bancarios de la más variada gama.

En la gráfica 1, con datos de 2017 para la mayoría de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), vemos cómo 36.93 % de la población mexicana con más de 15 años cuenta con una cuenta bancaria. Vaya, vaya, vaya, “cuenta con una cuenta” dijo el limitado poeta económico. Para el caso de Dinamarca, ese mismísimo indicador se encuentra en 99.92 %. Con un golpe de aire más fuerte, ese balón entraba en la portería y clavaba el 100 %. No faltará el quisquilloso lector que diga algo así como “Claro, el país nórdico es infinitamente más rico, es obvio que la tasa de bancarización sea más alta”. *Ok, ok, ok*, pero ¿qué decir de la comparación México-Chile? Con alrededor de 74 % de la población con cuentas en instituciones financieras, la tasa de bancarización del país andino es el doble de la mexicana. En la jerga futbolística: una goleada, con derecho a gol de chilena. Sin darse por vencido, el atento lector seguirá en su berrinche: “Danos una serie de tiempo, ahí se verá cómo la bancarización en México ha venido creciendo de forma acelerada en los últimos años”. Él tiene toda la razón, pero que México sigue impudicamente exhibiendo una de las tasas más bajas de bancarización de las naciones de la OCDE, ¡ah, compadre, eso es innegable!

Gráfica 1. Acceso a cuentas en instituciones financieras (países seleccionados)
Porcentaje de la población encuestada (2017)



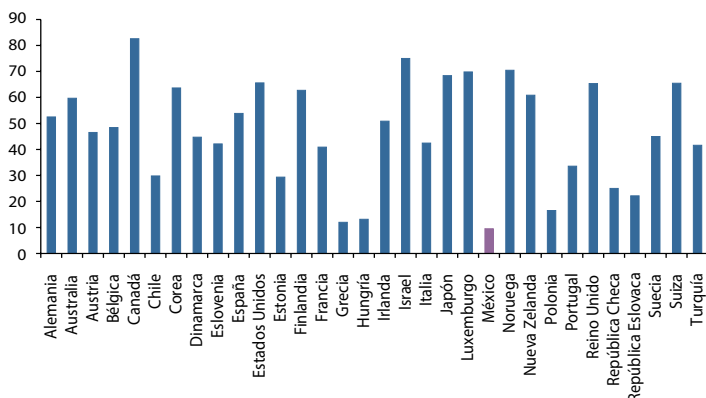
Fuente: elaboración propia con datos del Banco Mundial [2018], *Global Financial Inclusion*.

Tener una cuenta bancaria es la puerta de entrada para acceder a condiciones reguladas y más transparentes de acceso al crédito. Es obvio que uno debe estar siempre vivo y con los ojos bien abiertos a las letras chiquitas de los contratos de préstamos que firma con los bancos, instituciones que, desde luego, no son blancas palomas. Al no tener una cuenta bancaria, o sea, la llave que abre esa puerta de entrada, los exiliados del crédito son las víctimas perfectas de una fauna que abunda en tierras aztecas. De coyotes del crédito predatorio legal —como son las voraces microfinancieras—, a los tiburones del préstamo informal, esos son aquellos que se encargan de suplir la necesidad de financiamiento de gran parte de la población en condiciones que no son propiamente samaritanas. No es una novedad la lectura crítica de la forma draconiana de actuar de las microfinancieras privadas; la denuncia de las tasas de interés extorsivas que practican y sus efectos dañinos a lo largo y ancho del globo han sido muy bien documentados en los múltiples trabajos de Milford Bateman, en especial el que escribe con Kate Maclean [Bateman y Maclean, 2017]. De hecho, una apreciación contestataria del verdadero “zoológico nocivo” de las microfinanzas en México viene siendo, cada vez más y más, el foco de análisis de economistas heterodoxos, como, por ejemplo, los trabajos de Roberto Soto y Alicia Girón [Girón y Soto, 2015]. Por la seriedad y densidad

del tema de las microfinancieras, en el futuro dedicaremos textos en este espacio única y exclusivamente para tratarlo.

Para seguir avanzando un poco más en el tema de la exclusión del acceso al crédito, en la gráfica 2 podemos observar cómo México también se encuentra en la retaguardia, junto con países exsocialistas y de la periferia europea, en términos de popularización del uso de las tarjetas de crédito —que, dígame de paso, no es de las formas más baratas de obtener financiamiento personal—, una vez que apenas 9.53 % de la población mexicana tiene una de esas. En Canadá, por ejemplo, 82.58 % de la población posee al menos una tarjeta de crédito. Hagamos una brevísima pausa, pues una vez más se escuchó el inconfundible quejido de nuestro susceptible lector, ahora diciendo “No usamos tarjeta de crédito para no endeudarnos, más vale ser juicioso y precavido”. Ojo, aquí no estamos haciendo apología del irresponsable despilfarro. Lejos de eso. Tener una tarjeta de crédito no es sinónimo de insensato derroche, de hecho, es al revés. Poder acceder a la posibilidad de usar ese servicio significa una alternativa más para el control del flujo de caja de nuestras finanzas personales.

Gráfica2. Población con tarjeta de crédito (países seleccionados).
Porcentaje de los encuestados (2017)



Fuente: elaboración propia con datos del Banco Mundial [2018], *Global Financial Inclusion*.

No es solo ante un imprevisto o emergencia, en un desdichado momento en el cual no se tiene el efectivo exacto a la mano, que la tarjeta de crédito se presenta como un instrumento en extremo útil, un facilitador clave en la situación de aprieto. Ella, la tarjetita plástica rectangular, nos da *chance* de adquirir bienes y servicios que él, el efectivo —o ese papelito estampado con héroes nacionales y bellas obras arquitectónicas del país en cuestión— no hacen viable. ¿O acaso es fácil comprar un boleto aéreo internacional o hacer una inscripción de aquel espectacular curso en línea

mandando al vendedor u organizador un avioncito de dinero? Tampoco hace falta quedarnos con esos ejemplos tan clasemedieros; la popularización de las compras por internet es un hecho irreversible, y las modalidades de pago que agilizan esas transacciones no pasan por la intensificación del uso de efectivo. Todavía existe la modalidad de pago de compras por internet en un Oxxo u otro equivalente bancario cualquiera, pero la posibilidad de pagar en efectivo representa una fracción en extinción de las operaciones por internet de una caprichosa reliquia. Para ser aún más incisivos, pensar en términos tan tangibles como “tarjeta” o “billete” es cosa del pasado, un pasado no tan lejano, pero pasado al fin. Hoy día, basta ser poseedor de una específica serie numérica de claves y contraseñas y... ¡zas!, las compuertas del poder de compra se rompen.

A modo de apresurada conclusión, aun con la exposición de esos argumentos vale mencionar que el desafío de aumentar las tasas de bancarización de la población no es la panacea. Combatir al “exilio crediticio” es tarea necesaria, pero no suficiente. En las conclusiones de un meticuloso estudio de la dinámica crediticia del sector bancario formal en Estados Unidos –en el cual se evidencia de múltiples formas el carácter sumamente racista y con un claro sesgo anti-pobre que caracteriza la forma de operar de gran parte de la banca comercial tradicional–, Baradaran [2015]

afirma que la forma más promisorio para que se dé efectivamente la democratización del acceso al crédito debe ir más allá del impulso a la bancarización, e incluso debe ir más allá del estímulo a la banca local en menor escala. Según la autora, favorecer el florecimiento de un sector bancario menos oligopolizado es una microrrespuesta a un macroproblema [Baradaran, 2015: 224]. Una macrorrespuesta consistiría en estimular una discusión más amplia en términos de margen de maniobra del poder público en el sector bancario, para el caso de Estados Unidos, con la reactivación de la red de bancos postales. Esa discusión, aclimatada para América Latina, pasaría, de forma invariable, por recolocar como punto central de la agenda la revigorización de la banca pública en sus distintas modalidades de actuación. En una palabra, los exiliados del crédito de hoy no dejan de ser el efecto colateral de la letargia que contagió a las maltratadas instituciones financieras públicas que resistieron el vendaval de las privatizaciones nocivas en el sector bancario de los años noventa.

REFERENCIAS

- Baradaran, M. [2015], *How the other half banks: Exclusion, exploitation, and the threat to democracy*, Harvard University Press.
- Bateman, M., y K. Maclean [2017], *Seduced and Betrayed: Exposing the contemporary microfinance phenomenon*, University of New Mexico Press Published, School for Advanced Research Press.
- Girón, A., y R. Soto [2015], “Microfinanzas: el debate actual”, *Sector financiero: desafío para el desarrollo económico en épocas de financiarización*, ENES León UNAM-Plaza Valdés Editores.
- Powell, Jeff [2013], “El sub-financiamiento y la financiarización en México: ¿paradoja mexicana o una parábola de economías con ingreso medio?”, Noemi Levy y Teresa López, eds., *Financiarización y modelo de acumulación. Aportes desde los países en desarrollo*, México, UNAM.



Ilustración: Mona Shikida.

2. ¿EXISTE EL CRÉDITO IDEAL?³

*Quiero comprarle a la vida
cinco centavitos de felicidad.*

Héctor Ulloa (1966), en la voz de Julio Jaramillo.

El príncipe azul fue el miembro de una ficticia familia real que con más desenvoltura circuló en las fantasías y devaneos de la niñez y adolescencia de las mujeres de mi generación. Gracias a todas las diosas feministas –y, claro, gracias a diversas lecturas, clases y lecturas de nuevo–, esa soberana pendejada del “marido ideal” explotó en miles de añicos en el aire que respira la mujer empoderada. La masacre cotidiana con la cual nuestra sociedad nos achaca con la estúpida idea de que la única respuesta para la “frágil y sensible” existencia femenina solo se daría por la velluda mano del proveedor estable, amante indefinidamente enamorado, salvador de la indefensa princesa que sin su precisa intervención estaría condenada a todos los males del mundo, finalmente se va desvaneciendo ante la emergencia de la popularización en los medios de la idea de una existencia femenina autónoma. Cada

³ Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 13 de noviembre de 2018.

vez más y más personajes femeninos fuertes se van presentando como referentes culturales para las niñas y adolescentes de hoy día, carcomiendo de a poco —y con dentadas precisas— la nefasta imagen de la princesita vulnerable que tiene en su vinculación amorosa, en su relación de pareja, la respuesta para todos sus anhelos. O sea, caminamos juntos, pero no pegados, querido. Y la enseñanza más importante de ese cuento de hadas sabrosamente subvertido: la felicidad no depende del otro, y menos de lograr “amarrar” con sofocantes lazos maritales a un “buen partido”.

Un fantasma semejante ronda las discusiones dadas en otra cancha, muy lejana, en la que se reflexiona sobre lo que sería el “crédito ideal”. Solo aquí se vale soñar despierta y suspirar jadeantemente por las modalidades de crédito que encajan perfectamente en nuestras expectativas más pueriles. A secas, el crédito ideal es aquel que fomenta las posibilidades de desarrollo económico, justamente siendo canalizado para financiar la expansión de la capacidad productiva. ¡Tan bello el crédito ideal! ¡Tan respetador de su función social! El crédito ideal viene, además, adornado con tasas de interés no extorsivas, acicalado en plazos amplios de repago y perfumado con esencias de renegociaciones benéficas para ambas puntas, prestadores y prestamistas, cuando el calendario de cuotas se retrasa. Infelizmente, en el mundo real,

es mucho más común toparse con que el crédito sea dirigido a apalancar posiciones especulativas, utilizado para aceitar la rueda de las operaciones de alta rentabilidad con instrumentos financieros sintéticos que poca influencia positiva tienen en el nivel de inversión productiva y que sirve, más bien, para soplar burbujas financieras que, esas sí, cuando explotan, acaban por arrastrar en el lodo a la llamada “economía real”. En una palabra, en lugar de fungir como el puntapié inicial para la expansión de la capacidad productiva, el crédito viene cada vez más siendo cómplice trascendental en los menesteres de preparar el terreno para crisis futuras [White, 2018].

Sin caer en la tentación de querer encasillar la discusión sobre el crédito en una falsa dicotomía, en la que pareciera que solo puede ser malo o bueno, villano o héroe, tratemos de revisar, de manera *rápida y furiosa* (en el mejor estilo de franquicia filmica gringa), algunas aportaciones de los autores clave para discutir el rol asumido por el crédito en el desarrollo capitalista. Entre los economistas heterodoxos de ese selecto grupo podemos coser un hilo que conecta a Thorstein Veblen [1978, (1904)]; Joseph Schumpeter [1996 (1912)] y a Hyman Minsky [1992 y 1986]. Al menos son dos los rasgos comunes que los unen: a) cada uno de ellos, a su modo, contribuyó a reforzar la interpretación que entiende el capitalismo como un modo monetario de producción, sin dar cabida a la

alocada idea de que el dinero sería una variable “exógena” que cobija las relaciones “reales” de la economía, cual mantita que nos abraza en la perezosa siesta dormida en el sillón en una de esas tardes otoñales de domingo; y b) la lectura del fenómeno crediticio tanto como motor propulsor para el incremento de la productividad, una vez que mediante el crédito se da la posibilidad de financiar la adquisición de novedosos bienes de capital, máquinas y suministros, como, de forma simultánea, fuente de fragilidad financiera, inestabilidad sistémica y crisis.

Para Davanzati y Pacella [2014], la teoría de Veblen [1978 (1904)] se destaca por estar basada en la percepción de que la práctica bancaria es un factor fundamental en la generación de las crisis económicas. En la lectura de los comentaristas, para la explicación veblariana pueden surgir crisis debido a que la banca no tiene un comportamiento paritario y plenamente acomodaticio en relación con la demanda crédito. O sea, hay clientes y “clientes”. Las empresas no-financieras que requieren crédito a los bancos no son homogéneas, y lo que observamos, más bien, es que son sustancialmente heterogéneas entre sí. Así, las empresas pueden dividirse en pequeñas, medianas y grandes, y la respuesta que cada una de ellas tiene como cliente de los bancos es distinta por completo.

Aun bajo ese marco interpretativo, el sistema de crédito tiende de manera espontánea a ayudar a las

empresas que son grandes, por la seguridad que ofrecen para el repago. Las grandes empresas, por ser las preferidas de los bancos, siguen aumentando continuamente de tamaño. Eso se da porque con el acceso al crédito facilitado por parte de las grandes empresas se asiste a la aceleración en su rotación de capital, hecho que permite que para ellas el intervalo entre producir y vender sea más corto, dándoles clara ventaja sobre sus competidores. Esto produce dos efectos: a) la reducción de los beneficios de las empresas más pequeñas –o incluso su bancarrota–, generando una disminución del empleo y la producción; y b) se observa, al mismo tiempo, que el aumento de la concentración de capital produce una tendencia a la subida de los precios, determinados cada vez más en mercados oligopolizados, conllevando a la caída en los salarios reales, reduciendo la demanda total de bienes de consumo, lo que empeora la expectativa de ganancia de los empresarios, afecta las decisiones de inversión y los niveles de producción. Es de esa forma que, apoyados en Veblen [1978 (1904)], vemos cómo se da la concatenación entre el otorgamiento segmentado del crédito, el aumento de la concentración de capital de las empresas no-financieras y la crisis económica, detonada por el cambio en la expectativa de ganancia futura –de alguna forma ya anticipando parte del argumento desarrollado posteriormente por Keynes [2006 (1936)] sobre los mecanismos de la crisis.

También podemos ver esa compleja dimensión del crédito, que abarca desde el papel de potenciador de los incrementos de productividad a conspirador de primera hora en la crisis económica, en la obra de Schumpeter [1996 (1912)]. Inspiración inicial que funge como base para distintas corrientes contemporáneas heterodoxas, que van de la economía evolucionista a las nuevas teorías del dinero endógeno; su influencia se identifica con facilidad por un eslabón común: el sistemático proceso de innovación tecnológica como el motor de desarrollo capitalista y la función social del crédito dada por su capacidad de financiar las “nuevas combinaciones” puestas en marcha en un proceso productivo revolucionado por la tecnología. Además de que se pueden identificar en Schumpeter argumentos seminales a favor del poder creador de dinero por los bancos como parte fundamental de la dinámica de la expansión en el capitalismo, él también sienta las bases para que veamos la contracara de la moneda, la faceta de “creación destructiva” del incesante apalancamiento de las finanzas desreguladas, que acaban por juntar en un solo nudo las innumerables cuerdas que tensan la estabilidad del sistema.

Si antes la explicación schumpeteriana del momento descendente del ciclo económico se encontraba en la “destrucción creativa”, en la desaparición de formas de producir bienes obsoletos y en el “desempleo

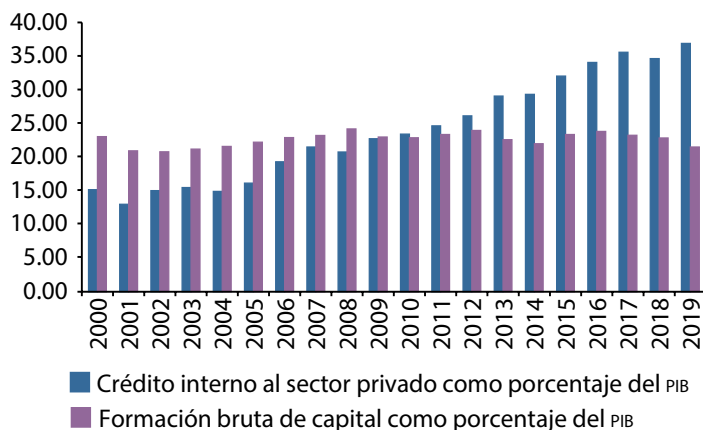
tecnológico”, ahora es la incesante innovación financiera y el crédito destinado a financiar posiciones especulativas de alto riesgo los que están en el corazón mismo de los momentos de crisis. Hyman Minsky [1992] fue quien nos alertó acerca del tema de cómo los distintos patrones de financiamiento de las actividades productivas pueden llevar a una crónica fragilidad y recurrentes episodios de crisis [Girón y Chapoy, 2009]. En su hipótesis de inestabilidad financiera [Minsky, 1992], se identifican tres patrones de financiamiento de las empresas no-financieras: a) *cubierto*, en el cual los recursos tomados a título de préstamo son resarcidos de manera íntegra a partir de las ganancias obtenidas de la actividad fin de la empresa; b) *especulativo*, donde parte del resarcimiento a los acreedores –los intereses– se hace a partir de algún ingreso no operacional; y c) *Ponzi*, esquema en el cual tanto el pago de intereses como el principal de la deuda se cancelan teniendo como fuente nuevos préstamos. La tendencia de que la ambición por resultados rápidos y la extrema disponibilidad crediticia lleven, a nivel microeconómico, a que parte sustancial de las empresas se financien cada vez más bajo el modelo Ponzi, constituye la base de la generalización de la fragilidad financiera en la economía como un todo, instaurando una puerta abierta para la entrada en nuevos episodios de crisis. Aguas, los propios bancos, como empresas financieras

que son, también se mueven bajo una lógica semejante, en términos de búsqueda de ganancias rechonchas sin importar mucho cuánto se atropelle la prudencia en la exposición al riesgo.

Para darnos una botanita de cómo se puede aterrizar de forma empírica parte de la discusión teórica conducida hasta ahora, miremos en la gráfica 3 cómo se comportaron en los últimos años dos variables para el caso de México: a) formación bruta de capital, que comprende los desembolsos en concepto de adiciones a los activos fijos —como son las adquisiciones de maquinaria, equipo y la construcción de obras de infraestructura—, y b) crédito interno al sector privado, que refleja el monto de crédito concedido por los bancos que operan en la economía mexicana, ambos medidos como porcentaje del producto interno bruto (PIB). En primer lugar, salta a la vista cómo la variación de la formación bruta de capital en los 17 años de la serie, dispuesto en las barritas más oscuras, es más plana que una tabla (arrancó siendo 22.96 % en 2000 y representaba cerca de 23.13 % del PIB en 2017). Mientras que, en el mismísimo periodo, hay un incremento sostenido del crédito bancario al sector privado (pasó de 15.03 % en 2000 a 35.56 % del PIB en 2017), entendiendo que la destinación de ese crédito creciente puede ser tanto “productiva” como “especulativa”. Sin embargo, y sin haber hecho ningún estudio refinado o más allá de la mera

estadística descriptiva, uno puede arriesgarse a afirmar que el aumento reciente en la disponibilidad de crédito no catapultó la formación de capital. De hecho, la intensificación en el endeudamiento siquiera sirvió para sacar a la formación bruta de capital de su monótona horizontalidad.

Gráfica3. México: crédito al sector privado y formación bruta de capital, 2000 a 2019 (porcentaje del PIB)



Fuente: elaboración propia con datos del Banco Mundial [2020], *Indicadores de Desarrollo Mundial*.

Si, en el inmediato escenario poscrisis de 2007 a 2008, los mercados emergentes se consideraban oasis de esperanza para retomar el crecimiento mundial,

ahora sus niveles de endeudamiento –sobre todo aquel en moneda extranjera o deuda interna en manos de no residentes, tema que no se trató aquí– son la causa de los suspiros más profundos de los analistas que buscan pistas sobre dónde y de qué forma estallará la próxima crisis [White, 2018]. Una vez más, no existe el “crédito ideal”. Reconocer su ambivalencia es, quizá, la forma más adecuada para que logremos inferir qué estrategias pueden adoptarse para que “las finanzas” –que cuajan las fuerzas que están por detrás de tanto endeudamiento– contribuyan a la generación de empleos, mejores salarios y consolidación de estándares de vida digna para la mayoría de la población. Solo así, como en nuestro epígrafe, “comprarle a la vida cinco centavitos de felicidad” no terminará en sangre y lágrimas, el sazón favorito que le da sabor a las crisis mayúsculas del capitalismo.

REFERENCIAS

- Davanzati, G. F., y A. Pacella [2014], “Thorstein Veblen on credit and economic crises”, *Cambridge Journal of Economics*, 38(5): 1043-1061.
- Girón, A., y A. Chapoy [2009], “Financiarización y titulización: un momento Minsky”, *Economía UNAM*, 6(16): 44-56.
- Keynes, J. M. [2006, (1936)], *La teoría general del empleo, interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Minsky, H. P. [1992], “The financial instability hypothesis”, *Working Paper*, núm. 74, The Jerome Levy Economics Institute of Bard College.
- [1986], *Stabilizing an unstable economy*, Nueva York, Yale University Press.
- Schumpeter, J. [1996 (1912)], *Teoría del desarrollo económico. Una investigación sobre ganancias, capital, crédito, interés y ciclo económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Veblen, T. [1978 (1904)], *The Theory of Business Enterprise*, Reprint, New Brunswick, N. J., Transaction Publishers.
- White, W. [2018], “Bad financial moon rising”, *Project Syndicate*, octubre 3.



Ilustración: Mona Shikida.

3. ESTORBOSOS: BANCOS DEMASIADO GRANDES PARA QUEBRAR⁴

Hay temblores verdaderamente catastróficos para la humanidad que no nacen del inconveniente roce de placas tectónicas. Por ejemplo, la quiebra de un banco en específico, dada la amplia y compleja red de operaciones que entrelazan las instituciones financieras entre sí, puede arrastrar para el mismísimo agujero a otras casas bancarias. El mercado de acciones tampoco queda inmune ante una crisis generalizada del sistema bancario. Y menos la llamada “economía real” se salva. Es de esa forma que dolorosamente se ve cómo el sector financiero en crisis no es un asunto aislado de los etéreos círculos de las altas finanzas. Por el contrario, una crisis bancaria sería es tema por demás terrenal y de muchísimo interés para la ciudadanía como un todo: bancos que caen, empresas productivas que se desmoronan y empleos que se evaporan. Ese es el circuito del martirio que sigue a una quiebra bancaria. Cualquier sobreviviente de una crisis financiera sabe que las heridas infligidas por una depresión económica no

⁴ Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 14 de mayo de 2019.

son solo de lenta cicatrización —o incluso incurables por generaciones—, sino que suelen ser más profundas y masivas que los terremotos que de modo intermitente achacan a los alrededores de la falla de San Andrés.

La sabia máxima “cuanto mayor es el orgullo, mayor es la caída”, puede perfectamente parafrasearse en asuntos de economía financiera como “cuanto mayor es el banco, mayor es la caída”. Aun en el campo de la economía financiera, vale mencionar que no se trata de forma exclusiva de una cuestión de “tamaño” (por favor, sin albur), ya que bancos medianos o chicos que gozan de intensa conectividad con sus pares, en momentos de dificultades financieras consiguen hacer estragos igualmente importantes al sistema económico como un todo. Pero, que no quede sombra de duda, estorboso, pero estorboso de verdad, es el momento cuando uno de esos bancos gigantescos —un megabanco con mayúsculas en el MEGA— está en aprietos, porque ahí sí, ante su caída, la tierra tiembla de a de veras.

Ahora, para entender cómo se fortalecieron esos megabancos, debemos entrar en el tema de cómo se percibió la reconfiguración del sector bancario en el marco de la financiarización, y de forma concomitante, la desregulación financiera [Dymski, 2011]. Un primer paso es darnos cuenta de que hubo una onda masiva de fusiones y consolidaciones bancarias que

se justificarían, en el discurso oficial, para garantizar “mercados financieros eficientes” (*sic*). Sin embargo, justamente siguiendo una lectura de tintes más heterodoxos, en lugar de un sector financiero “más eficiente”, se revela que con los megabancos hay el imperio de la lógica de un áspero juego competitivo que poco tiene que ver con la mejoría y/o extensión generalizada de los servicios bancarios para la población. En breve, banco grande no es banco bueno. Banco grande, en su luchita diaria por ganar más poder de mercado y seguir con la cabeza afuera del agua en ese mar de competencia oligopolística, incurre en operaciones cada vez más y más riesgosas, pues esas son las que le van a dejar mayor y mayor rentabilidad. “Gigantes con los pies de barro”, diría algún economista con inclinaciones de sádico poeta.

La mejor representación de los megabancos son las instituciones *demasiado grandes para quebrar*, o mejor dicho, “bancos demasiado grandes para que se les deje quebrar”. ¿Qué significa eso? Pues, justamente pensando en el sentido de que su solidez, en términos de solvencia y liquidez, debería ser garantizada por el Estado en aras de que su potencial quiebra no venga a desestabilizar el sistema económico nacional. Así se justifica que el banco central funja como *prestamista de última instancia*, inyectando liquidez para intentar asegurar que quiebras bancarias

singulares no se conviertan en crisis financieras de mayores proporciones, o incluso en crisis económicas mayúsculas. Ese es un tema que también genera enorme controversia en el debate económico.

Los liberales a ultranza, de esos que realmente se marean ante cualquier tipo de práctica de intervención estatal en la economía, entienden que la injerencia del gobierno en estos temas fuerza al mercado a operar en un punto de equilibrio alejado del “óptimo” y con instituciones financieras “poco eficientes” que deberían haberse extinguido definitivamente, y no haber sido bondadosamente rescatadas tras su bancarrota. Sin embargo, el abordaje teórico heterodoxo que defiende que el banco central opere como prestamista de última instancia entiende que estimular la fortaleza del sistema bancario nacional con fondos públicos para el rescate de un banco en crisis, de forma absolutamente transparente y creando mecanismos que garanticen que la capitalización del banco privado con recursos públicos no sea nada más la palanca para la futura privatización de la institución entre los empresarios-cuates, refleja la preocupación por aminorar los efectos negativos que esa singular quiebra bancaria pudiera tener en los niveles inversión, producción, empleo e ingreso. En ese tipo de lectura, la posibilidad de rescate bancario viene siempre acompañada de la recomendación del fortalecimiento de la regulación y supervisión de las

operaciones de los grandes bancos, para evitar que “se pasen de listos” y se embadurnen en negocios superarriesgados a sabiendas de que el gobierno no los dejará hundirse.

De hecho, para algunos de esos bancos, dada su magnitud, importancia y extensión de conexiones con otros agentes económicos a nivel internacional, ante un episodio de quiebra, el desplome se arrastraría sobre todo al sistema, comprometiendo la estabilidad misma del sistema financiero nacional o incluso global. En un vocabulario un poquito más institucional, y con una metodología más específica para determinar cuáles serían esos *megabancos globales*, el *Financial Stability Board* (FSB) —en conjunto con el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea (BCBS, por sus siglas en inglés) y las autoridades nacionales— identifica anualmente, desde 2011, a los *global systemically important banks* (G-SIB, o “bancos global y sistémicamente importantes”) [Financial Stability Board, 2018]. Para 2017, en esa temible lista figuraban: J. P. Morgan Chase, Bank of America, Citigroup, Deutsche Bank, HSBC, Bank of China, Barclays, BNP Paribas, China Construction Bank, Goldman Sachs, Industrial and Commercial Bank of China Limited, Mitsubishi UFJ FG, Wells Fargo, Agricultural Bank of China, Bank of New York Mellon, Credit Suisse Groupe, Crédit Agricole, ING Bank, Mizuho FG, Morgan Stanley, Nordea, Royal Bank of Canada,

Royal Bank of Scotland, Santander, Société Générale, Standard Chartered, State Street, Sumitomo Mitsui FG, UBS, y Unicredit Group. Con esos *megabancos globales* se reedita una disyuntiva que fue el fantasma responsable del insomnio de generaciones tras generaciones de economistas heterodoxos: las operaciones con capitales transfronterizos de esa banca son la expresión máxima de la dimensión mundial de la circulación del capital, mientras que el radio de acción para la regulación impositiva y el manejo del presupuesto fiscal para garantizar que el banco central cumpla su función como prestamista de última instancia está circunscrita al nivel nacional. ¡Vaya callejón sin salida!

Pero los problemas que pululan con el auge de los megabancos globales no se acaban ahí. No, no, no. No solo los bancos se convirtieron en entidades demasiado grandes para quebrar en ese proceso de creciente concentración y centralización del capital bancario, también en esa trayectoria hubo cambios significativos en la forma de operar y en el modelo de negocios de la gran banca. Sintetizamos en cuatro puntos los cambios en las rutinas institucionales que se dieron de la época de las finanzas reguladas a la era de los megabancos: a) que la lógica del *demasiado grande para quebrar* ha estimulado la toma de crecientes riesgos por parte de los mayores bancos; b) la capilaridad de la transferencia de riesgo por medio de la

banca sombra ensancha los flancos por los cuales se incrementa la fragilidad financiera de las empresas bancarias; c) hay menor tránsito de la información gerencial entre administración local y central de las grandes compañías bancarias sobre la calidad de las operaciones que el banco está ejecutando en su día a día; y d) el ingreso del sector bancario es crecientemente más dependiente de las comisiones obtenidas por la compra-venta de posiciones con recursos de terceros que mediante el diferencial entre la tasa de interés pasiva y activa [Comert *et al.*, 2016: 11-12].

Esas transformaciones lanzan nuevos y continuos desafíos para el marco regulador de la actividad bancaria contemporánea. Sabemos que entre los efectos de la gran crisis de 2007 a 2008 está el mayor esfuerzo de las autoridades en monitorear a los bancos más de cerca. En el plano internacional, el Comité de Basilea, huésped preferencial en los parajes suizos del Banco de Pagos Internacionales (BIS, por sus siglas en inglés), que se compone de 45 miembros de 28 jurisdicciones distintas, en su mayor parte banqueros centrales de países miembro y autoridades responsables de la supervisión bancaria en sus naciones de origen, en su informe económico anual [Bank for International Settlements, 2018: 32] subraya que, a partir de diciembre de 2017, ya vamos llegando a la fase final del nuevo esfuerzo regulador, aclarando que con Basilea III se buscó estandarizar

la metodología de evaluación de riesgo crediticio y fortalecer la solidez operacional de los bancos con mayores requerimientos de capital. Sin embargo, en el marco de la incesante innovación tecnológica y contractual que catapulta a los cielos la posibilidad de nuevos productos financieros ofertados por los grandes bancos globales, el binomio supervisión-regulación, una vez más, queda dos pasos atrás –“dos” si bien nos va– de las prácticas de los grandes bancos. Un tango horrendamente disfuncional, sin ninguna sincronía, pues cuando un bailarín va acelerado, el otro se desparrama lentamente por el salón. Eso sin tocar el doloroso punto de que aquí topamos nuevamente con la misma piedra: avances en la regulación “sugerida” a nivel internacional, pero descompasada de la legislación impositiva nacional adoptada por cada país. Otra vez, ¡vaya callejón sin salida!

Para dar una forma aún menos etérea a la discusión que aquí presentamos, miremos más de cerca seis instituciones financieras *demasiado grandes para quebrar*, organizándolas en el cuadro 1 por el valor de sus activos registrados en Estados Unidos: 1) J. P. Morgan Chase; 2) Bank of America; 3) Wells Fargo; 4) Citigroup; 5) Goldman Sachs; y 6) Morgan Stanley, entre los cuales encontramos un *pot-pourri* de tipos de figura jurídica, como *financial holding companies*, bancos múltiples, bancos comerciales y bancos de inversión.

Cuadro 1. Estados Unidos: las seis instituciones financieras más grandes (diciembre de 2018)

Número	Banco	Activos (en miles de dólares)	Porcentaje del PIB
1	J.P.MorganChase	2 622 532 000	12.80
2	Bank of America	2 354 980 000	11.49
3	Citigroup	1 917 383 000	9.36
4	Wells Fargo	1 895 883 000	9.25
5	Goldman Sachs	931 798 000	4.55
6	Morgan Stanley	853 531 000	4.16

Fuente: elaboración propia con datos del National Information Center [2019], *Large Holding Companies*.

Fue gracias a una progresiva y masiva ola de fusiones que se dio la constitución de esos bancos gigantescos, por ejemplo: a) J. P. Morgan Chase & Co., nació en 2000, después de la fusión de Chase Manhattan Corporation y J. P. Morgan & Co., y fue el banco que, en 2008, en plena crisis, absorbió a Bear Stearns con ayuda del gobierno estadounidense; b) Bank of America se reinventó cuando, en 1998, se fusionó con Nations Bank of Charlotte; c) Citigroup surgió en 1998, de la fusión de Citicorp y Travelers Group; d) Wells Fargo & Company nació de la consolidación entre Northwest Corporation y Wells Fargo, también en 1998 [Meireles y Santiago, 2017].

Si en el pasado reciente veíamos que era de modo predominante la dinámica de los grandes bancos fusionándose con otros grandes bancos la que imperaba, ahora son los bancos medianos los que contraen matrimonio entre sí. Ejemplo de eso es el anuncio de la fusión de BB&T con SunTrust, conformando el sexto mayor banco comercial minorista —ojo que en nuestro cuadro 1 el *ranking* por tamaño de activos está considerando bancos comerciales y de inversión— de aquel país [*The Economist*, 2019]. Puede parecer menos relevante que las fusiones de antaño, pero se trata de la mayor fusión bancaria en una década, en el decenio marcado por el estancamiento de la economía mundial tras la crisis de 2007 a 2008. Además, nuevas fusiones de esa escala y con otros agentes atípicos están en plena marcha; véase la reciente adquisición de BAC Florida por parte del brasileño Bradesco [G1, 2019].

No es un dato menor mencionar que la motivación que ha impulsado la ola de fusiones no fue detonada para que se logre “un arreglo en el cual la predominancia de los grandes bancos se daría para la obtención de una reducción de los costos de la intermediación bancaria y el beneficio del consumidor de esos servicios”, como reza la ortodoxia económica. Más bien, fue la expresión de movimientos típicos de la competencia oligopólica ahora aplicada sin mayores filtros a la actividad bancaria, donde la compra de un banco por

otro atiende, básicamente, a dos fines que no se excluyen mutuamente: a) el de ampliar la base de los consumidores, y de manera concomitante la participación en el mercado al absorber la cartera de clientes del banco incorporado; y b) el de mantener la posición en el mercado local y evitar así la entrada de otro competidor en ese, lo que en la literatura económica se conoce como fusiones *defensivas* [Dymski, 1999].

Finalmente, quisiéramos reforzar la idea de que la regulación y la supervisión que recae sobre esos megabancos es cada vez más compleja y menos eficaz, ya que las recomendaciones tradicionales de aumento en los requerimientos del capital, son calculados por “*tests* de estrés” basados en la “fotografía del pasado” —que es lo que se representa en un balance contable—. Es necesario que se piense, más que nada, en formas de limitar que las entidades financieras crezcan tanto y dominen segmentos tan descomunales del mercado en el que operan. En ese sentido, Mastromatteo y Esposito [2016], inspirados en las enseñanzas de Hyman Minsky, son categóricos al afirmar que la mejor solución posible para la construcción de un entorno financiero más estable es imponer una restricción al tamaño de los grandes bancos. En su propuesta, los autores brindan una mirada más atenta a la regulación basada en restringir el tamaño, la concentración bancaria y el poder de los grandes grupos financieros mediante: a) determinar un

techo, un valor absoluto en el monto de activos que un banco pueda tener, corregido anualmente por la inflación del periodo; o b) fijar un porcentual específico del PIB del país que el valor de los activos de un banco no pueda superar. Adoptándose cualquiera de las dos opciones, tendríamos una regla sencilla y fácil de calcular en tiempo real. Solo con un sistema bancario menos concentrado, con mayor respaldo en la acción de bancos menores –no enanos, pero menores–, se podrá romper el poder económico-político que tienen las grandes corporaciones financieras. Solo así será posible garantizar que los bancos grandes, que estorban hasta cuando estornudan, estén bajo el control de la sociedad y no al revés.

REFERENCIAS

- Bank for International Settlements [2018], *Annual report 2017/18*, 24 de junio.
- Comert, H., *et al.* [2016], “Too big to manage: Innovation and instability from regulated finance to the megabanking era”, *Cambridge Political Economy Society*, pp. 1-24.
- Dymski, G. [2011], *Genie out of the Bottle: The Evolution of Too-Big-to-Fail Policy and Banking Strategy in the US*, junio, University of California, Riverside.

- _____. [1999], *The Bank Merger Wave: The economic causes and social consequences of financial consolidation*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe.
- Financial Stability Board [2018], *2018 list of global systemically important banks (G-SIBs)*, 16 de noviembre.
- G1 [2019], “Bradesco compra banco nos Estados Unidos por cerca de R\$ 2 bilhões”, *G1*, 6 de mayo.
- Mastromatteo, G., y L. Esposito, L. [2016], “Minsky at Basel: A global cap to build an effective postcrisis banking supervision framework”, *Working Paper* 875, Levy Economics Institute of Bard College, pp. 1-84.
- Meireles, M., y A. Santiago [2017], “Fusiones bancarias en Estados Unidos: la experiencia de Wells Fargo”, *Revista Buzos*, Año 17 (765), 24 de abril.
- The Economist [2019], “The biggest bank merger since the crisis may herald more”, *The Economist*, 26 de febrero.



Ilustración: Mona Shikida.

4. LA COLMENA: FONDOS DE INVERSIÓN Y JUBILACIÓN (CON)FABULADOS⁵

Narran las abuelas del mundo un cuento de edad inmemorable que dice que, durante toda la larga temporada de verano y otoño, juiciosas hormigas traen, poquito a poquito y en interminables caminatas, alimento para almacenar comunitariamente en el hormiguero y así, con los recursos almacenados de forma colectiva, pasar sin cualquier sombra de posible sufrimiento hormiguístico el tenebroso invierno. Mientras esos sensatos soldados marchan concentrados en la rectitud de sus nobles responsabilidades, las cigarras –esas loquillas medio *hippies*– se la pasan cantando y burlándose de la paranoica determinación de las obstinadas hormiguitas. Es más que notorio, pues, que la principal moraleja de la historia original versa sobre la necesidad de monitorear con mano dura el comportamiento presente, de tal forma que sea lo suficientemente prudente para calibrar las decisiones de consumo-placer actual con el ahorro-parsimonia que asegurará los recursos necesarios para el dispendio en el futuro.

⁵ Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 13 de agosto de 2019.

Hay innumerables derivaciones en las cuales se puede aplicar el principio moral retratado en esa historia. En el caso del reino animal, del cual es siempre importante recordar que también somos parte, hace todo el sentido esa medida instintiva para garantizar la supervivencia de la especie diferenciada en el tiempo. Si de un brinco saltamos, cual intrépidos saltamontes, a la discusión sobre si la inversión antecede al ahorro o viceversa –un debate fascinante, pero que por cuestiones de espacio no nos extenderemos en él–, podemos hacer una analogía entre el comportamiento de nuestros insectos en el cuento para entender un poco mejor las relaciones económico-sociales. Por ejemplo, esa fábula puede ser muy ilustrativa del complejo proceder del sistema de pensiones actualmente, en el sentido de que en ella se refuerza la idea tan primigenia de que nuestras acciones presentes se conectan y tienen consecuencia directa en nuestro futuro; así, más vale que ahorita, cuando somos fuertes y sanos, pasemos a apartar una mínima parte de nuestros salarios para asegurar la provisión necesaria para una vejez digna en aquella etapa de la vida que más dependeremos de los cuidados de los demás. Ojalá fuera así de previsible el mundo: delinear la determinación causa-efecto de las variables económicas y de bien comportada la acción de los intermediarios responsables en hacer que el ahorro de hoy se convierta en la jubilación de mañana. ¡Ojalá!

Pero sigamos en el *remake*, versión jubilatoria, de la historia que nos hace aquí las veces de guion original. Para que, una vez asentado el pisado escenario del adagio popular y aclarada nuestra transposición de ese hacia el campo de la economía de la jubilación, y con una puntual expansión en el elenco de personajes contemplados, imaginemos que las hormigas tuvieran más problemas que enfrentarse al *bullying* de los chapulines holgazanes. En esa fauna, que miniaturiza el universo de las pensiones, no es solo el esfuerzo de la hormiga el que conformará la masa de ahorros necesarios para que ella se jubile, tanto el sector público como las empresas privadas contribuyen como empleadores para ese fondo. Tenemos así que la catarina encarna a un Estado rojizo y lleno de puntitos negros, mientras que el escarabajo hace las veces de las compañías no-financieras del sector privado.

Sin embargo, la frase hecha “érase una vez” nunca podría haber sido mejor aplicada que para describir esa fórmula jubilatoria, pues hace rato, desde que la niebla densa y persistente del neoliberalismo se ha asomado a la floresta, érase una vez aquel “sistema solidario” de pensiones descrito líneas antes, el cual ha sido sustituido gradualmente por uno de “capitalización”. Claro que ni todo es blanco o negro, y hay sistemas nacionales de pensiones que funcionan como una mezcla exótica de ambos. Sin embargo, la lógica

del sistema de capitalización se desparrama a lo largo y ancho del globo, cambiando el fundamento de solidaridad intergeneracional (entre la clase trabajadora activa y jubilada) que sustentaba el sistema de reparto, por una norma en el mejor estilo “sálvese quien pueda”, en la que la aportación de cada hormiguita ya no entra en la alacena común del hormiguero, sino que se computa en su cuenta de cotización individual. Para una crítica incisiva a la reconfiguración del sistema de protección social en épocas de financiarización, revisar el trabajo de Lena Lavinas [2017].

La gigantesca masa de recursos para el ahorro en la vejez considerado en conjunto, aunque ya hemos mencionado que ahora se contabiliza por separado, es canalizada, gran parte de las veces, a diversos productos financieros para su valorización. En esa etapa, las hormigas entran en contacto con un ente aún más insistente y sustancialmente menos afinado que la cigarra: múltiples agentes del sector financiero, como fondos de pensión —en México conocidas como Administradoras de Fondos para el Retiro (Afores)—, fondos de inversión o planes de jubilación de la banca tradicional. Digamos que esas empresas se dedican a decidir, supuestamente, cómo invertir mejor los recursos que los detentores de cuotas del fondo les confían. Se supone que ese arte de la administración de los recursos de terceros reside en dosificar, de

forma responsable, la rentabilidad y seguridad de sus aplicaciones para lograr el objetivo de hacer crecer el ahorro para la jubilación futura de un ejército de hormigas. Para darle más corporalidad, en nuestro cuento pongamos a los agentes del sector financiero como la mantis religiosa.

Recapitulando, ¿quiénes son los actores de nuestro elenco invertebrado? Tenemos a los personajes clásicos, aquí un poco travestidos para acomodar sus participaciones como agentes económicos, y a los nuevos protagonistas en el contexto de la discusión jubilatoria: a) la hormiga = trabajador asalariado del sector formal en el presente –ese animalito en plena extinción– y quien, con algo de suerte, será un feliz jubilado que goce de sus merecidas prestaciones en el futuro; b) la cigarra = una externalidad cualquiera; c) la catarina = el sector público, quien ahora también está doblemente inmiscuido en el circuito del sistema de jubilación moderno, pues, de un lado se encuentra en la inusitada circunvalación entre fondos de inversión que adquieren volúmenes ingentes de títulos públicos para componer su canasta de activos a ser valorizados, financiando así la deuda pública, y del otro, debería regular de forma imparcial las actividades de esa mano que acaba por ser incómodamente la mismísima mano responsable de alimentarlo; d) el escarabajo = las compañías que emiten títulos como “debentures” o acciones que también

los fondos de inversión adquieren de manera masiva —con el agravante de que, cuando se trate de acciones ordinarias, esos grandes fondos se entrometen en las decisiones estratégicas y en el modelo de negocio de las empresas; y e) la mantis religiosa = agentes del sector financiero que prometen, —a partir de enredados cálculos actuariales que justificarían la toma de “riesgo calculado” para la obtención de ganancias financieras, dadas las alternativas de productos y diversidad de rendimientos que se encuentran disponibles en el mercado—, asegurar los recursos necesarios para que, el día de mañana, las hormigas puedan gozar cómodamente de su vejez gracias a la percepción de una jubilación que sea suficiente para tanto.

Poniendo este elenco a trabajar de forma más intensa, observemos la siguiente puesta en escena.

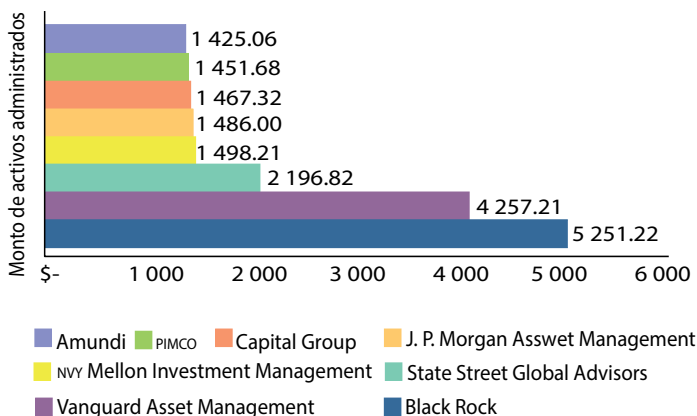
Primer acto: “Quien presiona siempre alcanza”. La mantis religiosa, quien además de intentar distraer de modo constante a las hormigas con ilusionismos sobre las posibles modalidades de pensión —que si es renta vitalicia previsional o retiro programado u otra fórmula—, ahora, travestida de fondo de inversión, por afuerita, en la silenciosa sordina, viene interfiriendo vivamente en la capacidad de los propios árboles para asegurar hojas para que los insectos, pandas, jirafas, uno que otro humano vegano y las mismísimas cigarras tengan que comer. Eso porque

hay cambios importantes en la forma de actuar del escarabajo por culpa del poder hipnótico ejercido por la mantis religiosa, una vez que, por la injerencia de los fondos de inversión y su sed por rentabilidad creciente de los títulos que adquiere, las empresas no financieras vienen crecientemente tensionando su modelo de gestión. Se trata mucho más de una estrategia de control, de renovada especie de dominación del sector financiero hacia el sector productivo, que de obtener fuentes de financiamiento por medio del mercado accionario [Lazonick, 2017]. Si en un momento anterior las empresas no financieras seguían un modelo de negocio del tipo “originar para reinvertir”, en el que gran parte del excedente generado en su actividad fin era utilizado por los accionistas para expandir la capacidad productiva de la empresa, en una lógica financiarizada se ha generalizado la práctica de “originar para distribuir”; o sea, la mayor parte de la ganancia obtenida en el proceso productivo se direcciona a incrementar la cotización de las acciones de la empresa, maximizando el valor para el accionista y engordando los millonarios bonos obtenidos por los altos ejecutivos en detrimento de los propios proyectos de inversión de la misma compañía.

Segundo acto: “Harina del mismo costal”. De la mano –¿o patita?– de nuestra antiheroína, la mantis religiosa, nos damos cuenta de que el segmento de

fondos de inversión está en extremo concentrado. El microcosmos de los macrovalores que manejan esos fondos está bajo control de una pandilla de tres mantis religiosas anglosajonas: BlackRock, Vanguard y State Street. El segmento de *Exchange Traded Fund* (ETF) —que son las administradoras que colocan sus propias acciones en el mercado, o sea, aquellos que compran esas acciones, emitidas por esos propios fondos, son propietarios de forma indirecta de la canasta de activos que este fondo detenta, entre ellos participaciones accionarias en otras empresas— es dominado por los miembros de esta tropa, cuyo apodo *fifi* es *Big Three*. Así, y conforme lo dispuesto en la gráfica 4, vemos que, en términos del monto de activos administrados, los tres fondos dejan atrás a sus competidores, siendo que BlackRock se encuentra en primerísimo lugar (con más de 5 000 millones de euros en activos administrados), quitando, irónicamente, a Vanguard (con cerca de 4 000 millones) de la vanguardia del *ranking*, y dejando a State Street con la medalla de bronce (con un poco más de 2 000 millones).

Gráfica 4. Fondos de inversión:
monto de activos administrados, junio de 2019
(en miles de millones de euros)



Fuente: elaboración propia con datos de Statista [2019].

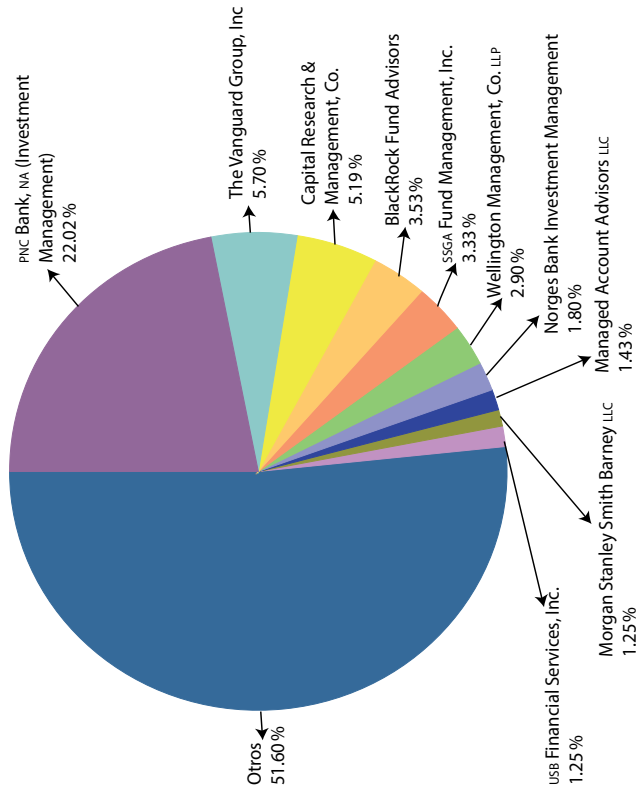
Tercer acto: “Llave de oro, lo abre todo”. Por detentar un gran número de acciones de las empresas, los fondos de inversión ejercen un poder de voto privilegiado en la toma de decisiones del consejo de administración de las mismas. Siguiendo a nuestros personajes, sería algo como si el escarabajo actuara bajo el efecto de una constante hipnosis de la mantis religiosa. O sea, hay una especie de “poder oculto” de los fondos de inversión en la gobernanza corporativa de las grandes empresas, en especial cuando consideramos a las tres mantis religiosas más musculosas.

De hecho, analizando el comportamiento de los Big Three, mediante un análisis de los registros de voto como proxy, Fichtner, Heemskerk y Garcia [2017] encontraron que los tres fondos utilizan estrategias de votación coordinadas y pueden seguir una estrategia de gobernanza corporativa centralizada en los consejos de administración de las empresas estadounidenses en las que tienen asiento. Además, vale mencionar que los Big Three, considerados en conjunto, son el mayor accionista en 438 empresas de las 500 principales corporaciones estadounidenses, y que los tres fondos no son los más importantes dueños de las acciones únicamente de las grandes empresas que tienen como dueños a capitalistas individuales, como “Alphabet (Sergey Brin y Larry Page), Berkshire Hathaway (Warren Buffett), Amazon.com (Jeff Bezos), Facebook (Mark Zuckerberg), Walmart (familia Walton), Oracle (Larry Ellison), Comcast (familia Roberts) y Kraft-Heinz (Berkshire Hathaway y 3G Capital)” [Fichtner, Heemskerk y Garcia, 2017: 45]. Sin embargo, el control accionario no es la forma exclusiva de “influencia subterránea” ejercida por los grandes fondos en las empresas productivas; los ejecutivos de las compañías podrían muy bien ser propensos a internalizar los objetivos de los fondos en sus tomas de decisión cotidianas. Al final es un juego de ganar-ganar: la alta gerencia tiene sus bonos anuales amarrados al desempeño de rentabilidad y

a la valorización de las acciones de la empresa, y los fondos de inversión, como detentores masivos de las acciones, ven su capital inflado con el alza de su valor de mercado.

Ahora, el lector atento aquí podría inferir algo como: “¡Ah! Entonces las pensiones futuras de la clase trabajadora que se jubilará en los años venideros estarán aseguradas, ya que la gestión de los fondos va teniendo resultados financieros tan brillantes con su cartera de acciones”. No tan rápido, hay muchas mediaciones en el camino que dificultan esta ilación, empezando por lo que mencionamos al principio: fondos de pensión no son lo mismo que los ETF, aunque estén relacionados de alguna forma como grandes inversionistas institucionales operando en los mercados financieros [Correa, 2000]. Sin embargo, el principal obstáculo para establecer la conexión entre la exuberancia de los resultados de los fondos de inversión y la mejoría de la posición individual de los trabajadores es que quienes realmente tienen que estar con una amplia sonrisa son los detentores de acciones de los ETF. En el caso del buen desempeño de BlackRock, y conforme a la gráfica 5, saltitos de alegría deben ser dados por los más importantes dueños de su capital, los dos primeros siendo PNC Bank y Vanguard (sí, sus ojos no le traicionan, el competidor de BlackRock es también su propietario, en el mejor estilo cartelístico de “competencia”). Fuera de este

Gráfica 5. BlackRock: principales accionistas



Fuente: elaboración propia con datos de CNN Business [2019].

circuito estricto de la superélite mundial poseedora de esos títulos nobiliarios, a todos nosotros, hormiguitas mortales –coticemos o no en el sistema privado de jubilación–, solo nos toca la parte de la trama de regodearnos en los rastros nocivos que deja todo este proceso: salarios bajos, desempleo alto con la informalidad por los cielos, total precarización laboral, profundización de la desigualdad, inestabilidad financiera cada vez mayor y todo eso envuelto en una densa niebla de inseguridad abrumadora y generalizada en relación con el futuro. ¡Ups!, perdón por el coctel molotov de optimismo que acaba de ser lanzado.

Por último, y para no terminar con tan mal sabor de boca en los días en que es inevitable dejarse abatir tantito –nada más un tantito–, no dejemos de mencionar que en esta colmena estrambótica de los fondos de inversión y de la jubilación de los trabajadores, en la que habitan insectos tan pintorescos del mercado financiero, nada está escrito en piedra. No existe un único destino inevitable. No necesariamente la mantis religiosa se tiene que salir con la suya. Si bajo el capitalismo actual, en el que la acumulación se caracteriza por el hecho de que las finanzas van dejando su impronta en todos los lados, y pareciera ser que la balanza de la correlación de fuerzas entre los diversos actores sociales pende definitivamente a su favor, solo la posibilidad de regulación por parte del Estado de las actividades de este sector nos posibilita tener esperanzas concretas de voltear el juego.

REFERENCIAS

- BlackRock, [2018], “Better portfolios. Better futures. 2018 Annual Report”.
- Correa, E. [2000], “Inversionistas institucionales en un mercado financiero global”, Guadalupe Mántey y Noemí Levy, coords., *De la desregulación financiera a la crisis cambiaria: experiencias en América Latina y el sudeste asiático*, México, UNAM, ENEP-Acatlán-DGAPA, pp. 103-117.
- Fichtner, J., E. Heemskerk y J. Garcia-Bernardo [2017], “Hidden power of the Big Three? Passive index funds, re-concentration of corporate ownership, and new financial risk”, *Business and Politics*, 19(2): 298-326.
- Lavinas, L. [2017], *Takeover of social policy by financialization: the Brazilian paradox*, Londres, Palgrave Macmillan US.
- Lazonick, W. [2017], “The functions of the stock market and the fallacies of shareholder value”, *Documento de trabajo núm. 58*, 3 de junio, Institute for New Economic Thinking, pp. 1-26.
- State Street [2018], “2018 Annual Report to Shareholders”.
- Vanguard Group [2018], “Investment Stewardship Annual Report”.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Braun, B. [2016], “From performativity to political economy: index investing, ETFs and asset manager capitalism”, *New Political Economy*, pp. 257-273.
- Serfati, C. [2016], “Las raíces financieras de los grupos industriales mundiales”, *Revista Ola Financiera*, 9(24): 1-42.
- Toporowski, J. [2002], *The end of finance: Capital market inflation, financial derivatives and pension fund capitalism*, Ed. Routledge.



Ilustración: Mona Shikida.

5. “CON LA AYUDA DE PAPI”: MERITOCRACIA Y REMUNERACIÓN EN EL SECTOR FINANCIERO⁶

Oh, I get by with a little help from my friends.
John Lennon y Paul McCartney, 1967.

El sueño americano del hombre hecho a sí mismo se convirtió en pesadilla. Quizás hasta una generación atrás, la fórmula del “échale ganitas y ponte a estudiar” traía como resultado casi inescapable ascensión laboral, incremento salarial y estatus. Hoy día, infelizmente, parece que la movilidad social responde menos al esfuerzo de buscar adquirir más educación formal que a la dotación de riqueza inicial de cada individuo. O sea, estamos hablando más bien de un mundo en extremo estático, donde la inmovilidad entre clases sociales es la marca indeleble de una época. Quien es rico sigue siendo rico, o capaz que se vuelva aún más rico. Y quien es pobre, pues, esforzándose o no, parece ser que en la pobreza estará un buen rato, sino es que de por vida. Como diría algún estadístico monógamo, sádico y burlón: “cada cual en su decil hasta que la muerte los separe”. Dicho de otra forma, no

⁶ Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 4 de febrero de 2020.

menos guasona, *bye bye* meritocracia, *hello* “merito-chafa”.

Lo que causa más sorpresa es que esta triste constatación se da en pleno auge de la narrativa de la meritocracia, pero no en el mejor momento de su práctica. En esta vida, claramente, una cosa es el discurso de que seríamos una sociedad en la cual imperaría el mérito individual, y otra cosa muy distinta son los hechos. ¡Vaya ironía! Nos enseña Markovitz [2019] que el ideal meritocrático real, en el cual estaba históricamente embebido el capitalismo —reafirmando que por medio de la combinación de igualdad de oportunidades con el trabajo duro vendrían merecidas recompensas para el sujeto esforzado—, se encuentra en ruinas justo cuando este modo de producción reina absoluto a lo largo y ancho del globo. En comparación con los modos de producción antecedentes, sobre todo considerando que en estos el arreglo social era más bien aristocrático —donde el lugar de nacimiento de uno sellaba a hierro y fuego su destino (hijo de rey, principito será)—, el binomio capitalismo-meritocracia vino como una ráfaga de esperanza con la posibilidad de promoción de la igualdad de oportunidades como cimientos de una nueva sociedad basada en la visión compartida de que se podría escalar socialmente mediante el trabajo duro. “Ráfaga de esperanza”, se dijo, “jamás plenamente lograda”, conscientemente se

complementa. Sin embargo, es innegable que en el capitalismo de antaño este cuento del “chambea arduamente que con el sudor de tu frente vas a progresar” era más común de ser visto convertido en realidad que en el capitalismo financiarizado de hoy día.

A su vez, en su libro más reciente Branko Milanovic [2019: 14] propone una periodización del capitalismo en tres momentos: el capitalismo clásico (Reino Unido hasta 1914), capitalismo socialdemócrata (Estados Unidos y Europa Occidental de la segunda posguerra hasta 1980) y capitalismo liberal meritocrático (Estados Unidos del siglo XXI). De manera muy simplificada, una característica constante y que atraviesa todas las etapas del capitalismo es que la riqueza del individuo sea determinada, en su mayor parte, por los ingresos que provienen casi siempre del capital (intereses, dividendos, rentas, etcétera), y eso explica el carácter intrínsecamente desigual del sistema. Sin embargo, el capitalismo liberal meritocrático trae la novedad de que la riqueza individual resulta tanto de esos ingresos como de los altos salarios. Más allá de complejizar los conocidos binomios de las clases sociales agrupados en capitalistas-renta y trabajadores-salario de la lógica anterior, con el capitalismo liberal meritocrático también se empeora la distribución interpersonal del ingreso, porque la gente que es rica en capital tiende también a ser aquella

privilegiada en la acumulación de “capital humano” y en la obtención de salarios más altos. O sea, “meritochafa” de la más pura.

Aun inspirados en lo que plantea Markovitz [2019], la “meritochafa” de nuestros tiempos bloquea a la clase media –que por definición se compone de aquellos que viven de sus salarios– de la verdadera igualdad de oportunidades que la meritocracia profesaba en los tiempos de nuestros padres. Para una generación atrás, apostar por más años de educación y calificación profesional realmente les permitió brincar la barda de su condición inicial. También de forma irónica, hoy día, el acceso a educación de calidad pasó a ser el mecanismo de perpetuación de privilegios más que el trampolín de ascensión social. La élite, para asegurar sus ingresos y estatus, confía en una estructura desigual de oportunidades escolares que destierra de forma paulatina a la clase media de los beneficios generados en las mejores universidades, y como consecuencia, de los trabajos mejor remunerados.

Esto es aún más verdadero para el caso de Estados Unidos, donde el sistema de educación superior es capitaneado por la iniciativa privada –a diferencia de países como México, donde la educación pública y gratuita resiste como el tono que sostiene a la vida universitaria. No causa sorpresa, entonces, el reciente escándalo (de papis gringos adinerados,

algunos de ellos estrellas de Hollywood, quienes fueron agarrados tratando de conseguir de modo fraudulento un cupo para sus *babies* en las renombradas universidades Ivy League. La lógica es tan sencilla cuanto eficiente: Júnior siempre ha sido medio tonto, pero si lo metemos a Harvard, además de tener sellado *ad eternum* el codiciado escudo en su diploma de licenciatura, capaz que conozca a la Mary “correcta”. La muchacha en cuestión, supongamos que igualmente no muy brillante y con semejante suerte familiar, es hija de algún banquero importante. Mary no solo es la detentadora de las atenciones coquetas de Júnior, también rápidamente se hará noviecita de él, y más importante, inmediatamente tras su graduación le conseguirá trabajo con alguien de su favorecida red de contactos en el sector financiero. Vale mencionar que hasta tenemos un nombre científico para ese dirigismo del Cupido calculista que unió a Júnior y Mary: emparejamiento selectivo u *homogamia* [Milanovic, 2019: 36-40], fenómeno que se da cuando el amor nace del frío chispazo de la conveniencia.

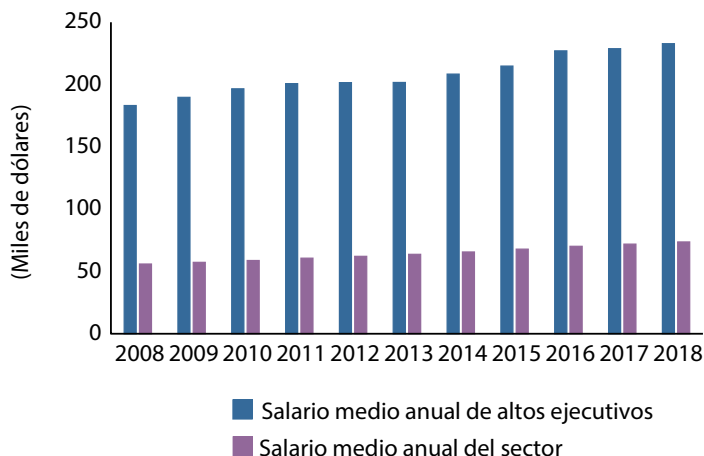
Antes de que tilden el ejemplo dado arriba de poco sensible a las cuestiones de género, cabe mencionar en nuestra defensa que la consolidación del machismo es uno de los resultados colaterales de esa meritocracia trastocada, y los datos sobre la

inequidad entre hombres y mujeres en puestos de mando del sector financiero y el profundo *gap* salarial observado son el más tosco ejemplo de ello. Sin embargo, solo para intentar no perder el foco argumentativo, aquí trataremos un cáncer social a la vez, y la pelota del momento es cómo la “meritochafa” sabotea las posibilidades de ascensión social vía la educación, dado el compadrazgo corrupto del acceso a las escuelas de frontera y la ruta a los trabajos de paga más elevada que ellas propician.

Para darnos una idea más aterrizada de la discusión planteada hasta ahora, miremos en la gráfica 6 cómo se comportaron los salarios de altos ejecutivos y de los demás trabajadores en el sector financiero estadounidense. Antes que nada, algunos comentarios iniciales acerca de la gráfica son necesarios. Primero, los datos dispuestos no contemplan el obsceno dineral que los directores ejecutivos (CEO, por sus siglas en inglés) reciben en la forma de bonos anuales por desempeño, pues aquí “solo” se consideran sus salarios. Además, estamos minimizando el tamaño de la brecha, ya que los salarios de la alta gerencia (barra gris oscuro) también entran en el cálculo del promedio de los trabajadores del sector (barra gris claro). Aun con esos desperfectos, e incluso a sabiendas de que al interior del sector financiero los grados de escolaridad de sus funcionarios no son tan, tan, tan

distantes como en otras ramas de la actividad económica, se observa una brecha salarial importante y creciente. Basta con decir que en 2018 el salario promedio anual de la alta gerencia fue de 233 000 dólares, mientras que el promedio de los trabajadores del sector financiero estaba alrededor de los 73 000 dólares. Una vez más, se trata de la distancia de remuneración al interior de un mismo sector de por sí ya bastante “diferenciado”; el tema se complica todavía más si se considera el salario promedio de otras ramas del sector servicios que no se caracterizan por demandar que la mano de obra sea mayormente calificada como, por ejemplo, el de entrega de comida a la Uber Eats. Es básicamente por eso que Júnior y Mary están contentos... y su alegría también se debe a que acaba de llegar su balanceada *Caesar salad* y su hamburguesa vegana gluten *free* con el muchacho de la mochilita verde. En síntesis, mientras la élite se regocija en un sinfín de comodidades, los demás que se rasquen con sus uñas, de preferencia lejos de la cajita biodegradable que acaban de dejar en la portería.

Gráfica 6. Estados Unidos: brecha salarial entre altos ejecutivos y el promedio de los trabajadores en el sector financiero y de seguros.
En dólares corrientes (2008 a 2018)



Fuente: elaboración propia con datos de U. S. Bureau of Labor Statics, Occupational Employment Statics, <<https://www.bls.gov/oes/tables.htm>>.

Finalmente, hablando en términos económicos, eso de que “te ganarás el pan con el sudor de tu frente” en tiempos de “meritochafa” está más para cuento chino que para cimiento de la civilización occidental. El patrimonio inicial, la red cristalizada de múltiples privilegios y los contactos emanados de la posición social preestablecida cuentan mucho para marcar el punto de llegada de cada individuo. En definitiva, sabemos que hay un lugar especial en el infierno

para aquellos que se atreven a profanar las letras de los Beatles, pero es una tentación inevitable meterse con el cuarteto de Liverpool para distorsionar la intención original de *With a little help from my friends*: con la ayuda de papi, es mucho más fácil recorrer el largo y ventoso camino de la vida.

REFERENCIAS

- Coy, P. [2019], “The college admissions scandal presses our ‘unfairness’ button”, *Bloomberg, Businessweek*.
- Markovitz, D. [2019], *The meritocracy trap: how America’s foundational myth feeds inequality, dismantles the middle class, and devours the elite*, Nueva York, Penguin Press.
- Milanovic, B. [2019], *Capitalism, alone. The future of the system that rules the world*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press.
- Russell, K., y J. Williams [2019], “The highest-paid C.E.O.s of 2018: A year so lucrative, we had to redraw our chart”, *The New York Times*, Business.
- Whelan, T., y E. Chachoua [2019], “A reality check on the financial sector’s gender wage gap”, *The Economist*, Intelligence Unit.



Ilustración: Mona Shikida.

6. DESIGUALDAD DE GÉNERO EN LAS FINANZAS PERSONALES⁷

Entre los problemas más graves que ante la comunidad internacional manchan la reputación de un país tan fantástico como México está el exorbitante número de feminicidios [Reina, 2018]. Sin duda, ese crimen tan hediondo está en la cúspide de la pirámide de la violencia machista que diariamente machaca a las mujeres, y como consecuencia deforma nuestra sociedad. Sin embargo, infelizmente, hay todo un abanico de otras formas de violencia que funcionan como vil instrumento para asegurar que las mujeres no tengan el derecho al trato efectivamente igualitario que se supone es parte constituyente de los cimientos de la ciudadanía republicana. La profunda desigualdad de género que marca la asimétrica inserción de hombres y mujeres en los más variados ámbitos de la vida económica no deja de ser una forma de violencia, en la que destaca su aspecto de violencia estructural y socialmente practicada.

Respecto al tema de la falta de equidad entre hombres y mujeres hay innumerables trabajos –tanto

⁷ Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista Nexos, 30 de agosto de 2018.

desde la perspectiva más cercana a la teoría neoclásica como guiados por enfoques tributarios de la multiplicidad de tradiciones que componen la heterodoxia en el pensamiento económico— que analizan cómo en el capitalismo pululan las desigualdades de género. Así, tenemos un grandísimo avance de los estudios académicos que se dedican a mapear, documentar y medir las brechas que existen entre hombres y mujeres en los más distintos frentes: en el mercado laboral —no solo evidenciando el persistente desnivel salarial y la impor tante ausencia de mujeres en cargos de decisión—, en el sistema educativo, en la división de las tareas domésticas, etcétera. Esos fueron nada más algunos ejemplos de los campos en los cuales la investigación académica viene dando importante sustrato para que, de contar con la rara combinación entre suerte y determinada voluntad política, se diseñen políticas de intervención pública para remediar esa situación.

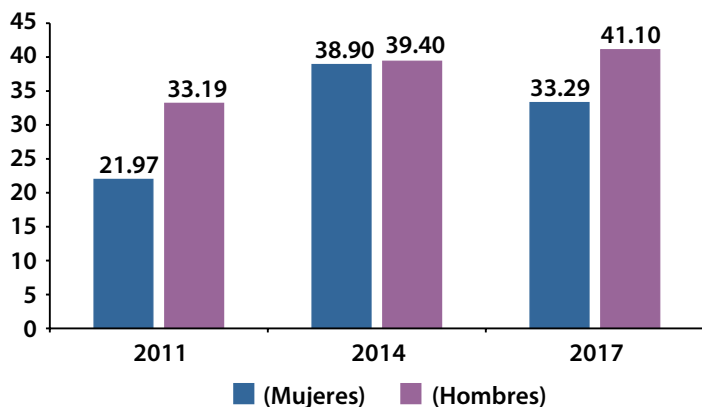
Quizás uno de esos campos, que aún no ha florecido con tanto vigor, sea el de las desigualdades de género y las finanzas. Obviamente es un campo inmenso, pero si acotamos aquí la discusión a las finanzas personales, la agenda de investigación ya existente y que necesita ser nutrida con más energía puede subdividirse en explorar dos senderos: a) la investigación más detallada sobre los orígenes de las brechas de género en el acceso a servicios financieros; y b) la

peculiar preferencia de las microfinancieras privadas por clientes mujeres. Dígase de paso, fenómenos que no están para nada desvinculados de la llamada “feminización de la pobreza”.

Incurсионando sin tacones en el primero de los senderos señalados, ya hemos escrito en otro lugar sobre las bajas tasas de bancarización y los exiliados del crédito en México [Meireles, 2018], pero faltó entender que ese exilio no es para nada parejo, no hay mucha igualdad de género entre ese tipo especial de desterrados. Ellas, las que son las exiliadas del crédito, son quienes amargan el bocado más insulso del reducido pastel de la disponibilidad de crédito en nuestro país. Como podemos vislumbrar en la gráfica 7, con datos que nos dan el corte en tres periodos (2011, 2014 y 2017), queda patente cómo el porcentaje de mujeres mexicanas con acceso a una cuenta bancaria sigue siendo sustancialmente menor que en el caso de los hombres, con la excepción del año 2014, cuando la proporción en ambos casos era de alrededor del 40 %. Sin embargo, el gustito de igualdad duró poco. En el periodo subsecuente, mientras que el porcentaje de hombres con una cuenta bancaria se ha incrementado de 39.4 % a 41.1 % entre 2014 y 2017, el mismísimo indicador, pero ahora tomando en cuenta a las mujeres, ha disminuido de 38.9 % a 33.2 %. No sería desubicado inferir que el sesgo de la baja tasa de bancarización femenina está por detrás de la predilección

de las microfinancieras [Soto y Girón, 2015] privadas por ese público. Parafraseando un oscuro refrán, lo que la banca comercial tradicional no pela, las microfinanzas predatorias extorsionan hasta la última monedita que descansa solitaria en la alcancía.

Gráfica 7. México: porcentaje de mujeres y hombres mayores de 15 años con cuenta bancaria o en instituciones financieras (2011, 2014 y 2017)

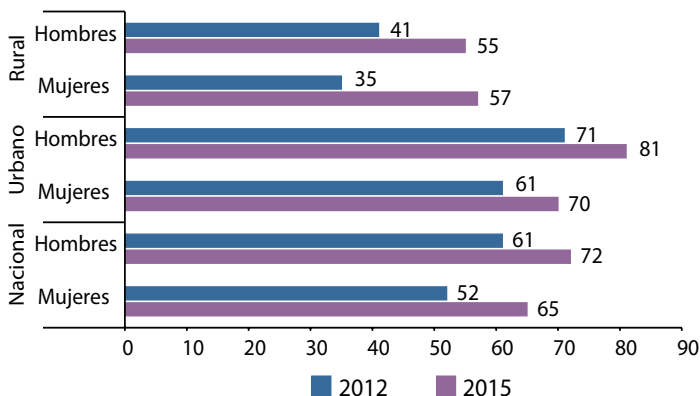


Fuente: elaboración propia con base en datos del *Global Financial Inclusion* del Banco Mundial [2018].

Otra máxima popular dice que no hay dos sin tres. Así, si vamos un poco más allá del criterio “acceso a cuenta bancaria”, en la gráfica 7 podemos visualizar, con un poquitín más de detalle, cómo las mujeres en

México continúan teniendo de manera sistemática una menor participación en la adquisición de diferentes productos financieros, como son las cuentas de ahorro tradicionales, la contratación de seguros y la cotización en Administradoras de Fondos para el Retiro (Afores). Para no perderse en el camino, seguimos desglosando la información para hombres y mujeres, pero fíjense que ahora los datos del año 2015 están en las barras color claro y los de 2012 en oscuras. Tomando en cuenta los datos a nivel nacional, el lector atento se dará cuenta de que la situación de las mujeres mejoró de forma más acelerada que la de los hombres, si consideramos el paso de 2012 a 2015. No sin dolor en el corazón, empero, el mismo lector prontamente observará que la brecha de género sigue, de tal forma que el porcentaje de adultos varones que tiene al menos uno de esos productos financieros fue de 72 % en el año 2015, mientras que para mujeres fue de apenas 65 %. En síntesis, que la cosa avanza, avanza. Sin embargo, si miramos la “foto” de la situación hoy (digo, en 2015, que es casi “hoy”, ¿no?), las mujeres, infelizmente, las siguen dejando atrás también en el criterio de las finanzas personales.

Gráfica 8. México: porcentaje de adultos que cuentan con al menos un producto financiero (ahorro, crédito, seguro, ahorro para el retiro o Afore)



Fuente: elaboración propia con datos del *Reporte Nacional de Inclusión Financiera* del Consejo Nacional de Inclusión Financiera (Conaif, 2017), <<https://cutt.ly/ig5dLGh>>.

En la gráfica 8, también salta a la vista otro tipo de desigualdad, fruto de la asimetría de poder que es tan, tan, tan común en los países subdesarrollados [Meireles, 2015]. Estamos haciendo referencia a la persistente disparidad que marca el binomio campo-ciudad. Justamente en la gráfica mencionada se entrecruza la cuestión de género con esa *proxy* de la heterogeneidad estructural [Pinto, 1998 (1970)] que insiste en perseguirnos sin importar cuánto nos

persignemos. Así, por ejemplo, a nivel rural, en general el total de la población con acceso a los servicios financieros es menor que en las ciudades. No obstante, todavía según la misma gráfica, es curioso observar que para las áreas rurales fue más acelerado el cierre de la brecha de género medida de esa forma, y que incluso esa brecha se revirtió temporalmente para el 2015. Tanto es así, que 57 % de las adultas declaró tener al menos uno de esos servicios financieros, mientras ese número llegaba a sumar apenas 55 % de los adultos varones en esas zonas. Ese resultado puede atribuirse con facilidad al aumento de la bancarización entre las mujeres en el campo debido a la implementación de programas sociales, sobre todo los de transferencias monetarias condicionadas. Sorpresa, sorpresa, sorpresa nos dio el comportamiento de esa forma de medir la brecha de género en las metrópolis. Solo a título de ejemplo, y aún para el 2015, el 81 % de los hombres en las ciudades contaba al menos con la cobertura de uno de esos servicios financieros, mientras que las mujeres, en la misma situación geográfica y que reportaron tener esa cobertura, eran apenas 70 % del total.

Vamos aprendiendo de manera constante que en la lucha por vivir en sociedades más democráticas e igualitarias no podemos conformarnos con medir brechas de desigualdad de género, ejercicio tan típico de las vertientes más liberales de la economía

feminista. Sin embargo, expandir los estudios de las múltiples facetas de la desigualdad de género en el sistema económico actual redimensiona el tamaño del desafío que se presenta si uno es realmente juicioso, consecuente y comprometido con la construcción de modelos alternativos de organización económico-social que tengan el principio de la igualdad en su ADN. Nunca está de más insistir en que el capitalismo es un sistema anclado en el patriarcado, como estamos cansados de saberlo –pero incansables en denunciarlo–. En su fase de predominio financiero, y en lo que dice respecto de las finanzas personales, el capitalismo no deja de rezumar testosterona.

REFERENCIAS

- Meireles, M. [2018], “Los exiliados del crédito en México”, *Nexos*, “Economía y sociedad”, <<https://cutt.ly/Gg5yzM2>>, México.
- [2015], “Relatos periféricos: un vocabulario estructuralista de Carlos Mallorquín”, *Estudios críticos del desarrollo*, México, 5: 245-257.
- Pinto, A. [1998, (1970)], “Naturaleza e implicaciones de la ‘heterogeneidad estructural’ de la América Latina”, *Cincuenta años del pensamiento de la Cepal: textos seleccionados*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica/Cepal, vol. II, pp. 547-567.

- Reina, E. [2018], “¿Cuántos feminicidios más puede soportar México?”, *El País*, México.
- Soto, R., y A. Girón [2015], “Microfinanzas: el debate actual”, *Sector financiero: desafío para el desarrollo económico en épocas de financiarización*, México, ENES León UNAM- Plaza Valdés Editores, p. 5.



Ilustración: Mona Shikida.

7. MICROFINANZAS Y MUJERES: DE LA PROMESA DE AUTONOMÍA A LA PERPETUA DESIGUALDAD⁸

Como en cualquier otro aspecto de nuestra vida, lo económico también es un espacio en el que las mujeres nos enfrentamos a la desigualdad. No es casual que el papel que forzosamente hemos aprendido a desempeñar de acuerdo con el género que nos fue asignado haya propiciado que la subordinación y la violencia sean las características que priman en nuestras vidas. Así, el trabajo no remunerado, las tareas del cuidado para la reproducción de la vida cotidiana, la división sexual del trabajo, la inequidad en el salario y en el uso del tiempo, la feminización de la pobreza, e incluso las diferentes condiciones de acceso al financiamiento, dan cuenta de que en la dinámica económica existe un sesgo androcéntrico que debe resolverse con urgencia.

Aquí nos centraremos en abordar el último punto: las modalidades que las mujeres encuentran para financiarse. Más aún, examinaremos cómo el modelo de las microfinanzas privadas ha dirigido sus esfuerzos

⁸ En coautoría con Daniela Bernal, estudiante de la licenciatura en Economía por la Facultad de Economía, UNAM. Publicado originalmente en el boletín de "Clacso", *Nuestra America* *xxi*, *Desafíos y alternativas*, marzo de 2020.

para llegar a las mujeres como mercado potencial y por qué esta propuesta no resuelve en nada la característica subordinación económica de género, al contrario, la profundiza.

No es algo intuitivo afirmar que el acceso al crédito es otra de las formas en las que se reproduce la desigualdad para las mujeres, sino que la primera impresión que los temas financieros falsamente nos dan es que estamos ante “algo neutral”, meramente técnico, lejos de cualquier percepción subjetiva e inmune al racismo-machismo estructural del capitalismo.

Sin embargo, lo que de hecho se observa es todo lo contrario: la esfera financiera también se moldea de acuerdo con la desigualdad de género que marca nuestra sociedad.

Así, nos damos cuenta de que cuando el tema es la conexión mujeres-finanzas, dos fenómenos saltan a la vista. De un lado, las mujeres son excluidas de forma sistemática del acceso al crédito otorgado por la banca comercial, sea porque no tienen el mismo nivel salarial de los potenciales clientes masculinos, o por el hecho de que no cuentan con activos fijos a su nombre –ya que por lo general están registrados a nombre del padre, marido o hermano– para fungir como colateral en los préstamos que solicitan. De otro lado, ellas son las clientes favoritas cuando se trata del modelo de negocios de las microfinancieras, esos nuevos “tiburones” legalizados que tienen un especial

gusto por otorgarle préstamos a las mujeres, claro, con tasas de interés exorbitantes.

Aun con respecto al binomio género-finanzas, las distinciones en la inclusión financiera por género comienzan cuando las actividades de reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo –cuidado, alimentación, limpieza y mantenimiento del hogar, carga mental, entre otras– se les asigna a las mujeres, por lo que este trabajo doméstico no pasa ni es reconocido por los circuitos financieros. Por eso, las modalidades de financiamiento a las que acceden las mujeres presentan elevadas tasas de interés, las garantías y los requisitos que se solicitan las discriminan de forma sistemática y los plazos de repago son más exigüos. Todo este entramado tiene como consecuencia la ausencia de reconocimiento de las mujeres como sujetas de crédito rentables para las instituciones financieras tradicionales [Zúñiga, 2004: 44], y al mismo tiempo, como clientes favoritas de las microfinancieras privadas. Ellas, las microfinancieras, supieron cómo colocarse en este “hueco” del mercado de crédito bancario tradicional.

A lo largo del desarrollo capitalista, la naturaleza del crédito y sus usos ha cambiado. Encontramos que en la actualidad el destino principal del préstamo no es la inversión y la expansión de la capacidad productiva, sino el creciente endeudamiento de los hogares. O sea, en épocas de financiarización, el

crédito se ha dirigido más hacia el consumo, e incluso hacia complementar los recursos financieros de las familias ante un salario que es cada vez más insuficiente para su supervivencia.

Así, el modelo de las microfinanzas que surgió en la década de los setenta prometía incentivar la producción, generar autoempleo y ayudar en la ardua tarea de “escapar” de la pobreza por medio de micropréstamos a la población en situación vulnerable. Sin embargo, lo que vimos fue la generalización de un modelo simplista que desconoce el carácter estructural del subdesarrollo en las economías periféricas, que aboga por el esfuerzo individual para reducir la pobreza y tener una trayectoria sostenible de desarrollo económico y social “desde abajo” [Bateman, 2013].

Los resultados que este modelo ha generado no corresponden, en lo absoluto, a su justificación, ya que su propio diseño contiene fallas estructurales que debilitan y destruyen las economías locales que supuestamente estarían apoyando. En definitiva, el modelo de financiamiento encabezado por la microfinanciera privada está dirigido fundamentalmente a empresas informales cuyo periodo de vida es muy corto, donde estas se instalan en un mercado que se topa con restricciones en la demanda local, y que acaban por catalizar la caída de la productividad y el estancamiento en los niveles de crecimiento económico [Bateman, 2013: 14-16].

Ahondando en el funcionamiento de estas instituciones privadas, las microfinancieras se han focalizado en la capa de la población más vulnerable de la sociedad, donde la feminización de la pobreza nos indica que son las mujeres su principal público-objetivo y que son ellas quienes quedan más expuestas a las obscenas tasas de interés cobradas en ese segmento de mercado y que bien caben en la noción de *extorsión* o de *crédito predatorio* [Lapavitsas, 2016: 409]. Además, hoy día las instituciones que incentivan el microcrédito ofrecen adicionalmente todo un abanico de productos como cuentas de ahorro, seguros y anclaje con empresas de salud y educación que convierten al cliente del préstamo en consumidor cautivo de otra serie de servicios, de los cuales las microfinancieras también reciben comisiones.

Si bien en el discurso oficial la expansión de las microfinancieras se justifica por la “inclusión financiera” de parte de la población que estaba al margen de estos servicios, vale mencionar que, en realidad, si una institución microfinanciera privada dirige sus esfuerzos hacia las mujeres como mercado potencial –argumentando inclusión financiera e incluso un supuesto “empoderamiento” de género– significa más bien una nueva forma de rentabilidad para inversionistas financieros, más que una estrategia de combate a la pobreza [Girón y Soto, 2015: 53-66].

Las mujeres son buenas pagadoras, con un nivel de ingreso más bajo que sus pares varones, y las microfinancieras supieron transformar en negocio este hecho. Además, las clientes mujeres que acceden a esta clase de productos se enfrentan a altas tasas de interés que vuelven impagables los créditos, o bien, obligan a invertir más horas de trabajo para cubrirlos, pero difícilmente podrían considerarse instrumentos para promover la autonomía económica de las mujeres. En suma, ellas trabajarán más para repagar una deuda que fue contratada en condiciones sumamente perjudiciales para ellas.

Por último, para entender mejor las múltiples dimensiones de la desigualdad de género, es fundamental incorporar en la discusión de la promoción de la igualdad también el ámbito del acceso a servicios financieros. Además, en una lectura crítica y con perspectiva de género de los temas financieros, se reconoce prontamente que el modelo propuesto de inclusión financiera capitaneado por las microfinanzas privadas no es una opción que propicie el combate efectivo a la pobreza y menos sirve para pavimentar una ruta al desarrollo incluyente. En una palabra, las microfinancieras no representan un camino seguro para que se resuelva el sesgo patriarcal de la economía, de hecho, ellas amplían las brechas de desigualdad de género ya existentes al sedimentar una relación de servidumbre financiera con sus clientes que son en su mayoría mujeres.

REFERENCIAS

- Bateman, M. [2013], “La era de las microfinanzas: Destruyendo las economías desde abajo”, *Ola Financiera*, mayo-agosto, 6(15): 1-77.
- Girón, A. y R. Soto [2015], “Microfinanzas: el debate actual”, *Sector financiero: desafío para el desarrollo económico en épocas de financiarización*, ENES León UNAM-Plaza Valdés Editores, pp. 53-66.
- Lapavitsas, Costas [2016], *Beneficios sin producción, cómo nos explotan las finanzas*, Madrid, Traficantes de sueños, p. 409.
- Zúñiga, M. [2004], *Acceso al crédito de las mujeres en América Latina*, Santiago de Chile, Cepal, 44 pp.



Ilustración: Mona Shikida.

8. LULA ALLÁ, AMLO ACÁ⁹

El 9 de noviembre de 2019 fue el día en que el clamor por “Lula Libre” fue atendido. En ese día, finalmente Lula pudo salir de la sala en el edificio de la Policía Federal de Curitiba, la que fue su cárcel por 580 días. Lula fue injustamente encarcelado tras un proceso judicial que de manera notoria estuvo plagado de intereses políticos (basta con ver la serie de reportajes “Vaza-Jato” del *site The Intercept Brasil* para darse cuenta de ello sin mucho esfuerzo), proceso en el que el juez Sergio Moro —el hoy ministro de Justicia del infame (des)gobierno de Jair Bolsonaro y burlando su labor que, por definición, debería ser imparcial y ecuánime entre las partes— lo condenó a varios años de pena sin pruebas. Condena que fue avalada y ampliada por un tribunal colegiado de segunda instancia, pero aún caben recursos por parte de la defensa. Una verdadera trama de ficción jurídica que sacó a Lula de la contienda electoral de 2018 y tiró al país al borde del caos, dejándolo inmerso en una severa crisis económica que lo acomete desde el golpe de 2016. Un lector atento podría preguntarse con razón: “¿Y

⁹ Publicado originalmente en el boletín *Coyuntura Económica* del Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, año 1, núm. 1, septiembre-diciembre de 2019.

qué tiene que ver tamaño despelote en el Cono Sur conmigo, o sea, con lo que anda pasando en México?”. Con algo de paciencia podemos tratar de convencerlo de que hay un par de enseñanzas útiles, hechas a partir de la experiencia de los gobiernos progresistas en Brasil, para reflexionar sobre los vericuetos de la 4T.

Así pues, Brasil y México no comparten fronteras, pero tienen en común numerosos elementos que superan la conexión natural entre países por mar o tierra. Además, no es excesivo decir que el rumbo que sigue América Latina obedece de forma decisiva a la brújula que conduce la vida política de los dos países. Pensando primero en términos económicos, ambos comulgan en su historia económica relativamente reciente de una etapa de desarrollo industrial importante, amarrada a la búsqueda de una estrategia de construcción de una sociedad con mayores niveles de ingreso y más justicia social. De modo infeliz, ese tren se descarriló en ambos países a partir de la crisis de la deuda de los años ochenta, cuando el neoliberalismo tumbó por tierra cualquier intento de intervención del Estado en la economía para capitanear los rumbos del desarrollo. ¿Política industrial? En esa época sonaba ofensivo hasta mencionarla. De hecho, el país caminó a pasos firmes rumbo a lo que algunos autores llaman la “desindustrialización temprana”. No es casual que la eterna aspiración brasileña de ser potencia mundial haya topado con pared. Para el

caso, una pared de soya. Con la pauta de exportaciones reprimarizada, hemos ganado el puesto no deseado de “granero del mundo”. Más bien de granero de China, el principal destino de las exportaciones de *commodities* brasileños. Y, por cierto, nunca está de más recordar que no hay ruta conocida de algún país hoy desarrollado que haya llegado a este estatus especializándose únicamente en producir y exportar *commodities*, no importa el esfuerzo que los adeptos de los llamados *staple model of economic growth* hagan para convencernos de lo contrario. Tampoco hay que olvidar que, en el caso de México, a pesar de sus exportaciones de “manufacturas” (*sic*), estas son del tipo maquila y con altísimos componentes de insumos importados. O sea, “industria-industria”, lo que se conoce como industria de transformación real, del tipo que sea capaz de generar encadenamientos *a la Hirsch-man* (“hacia-atrás” y “hacia-delante”), con aumento de productividad acompañado de continua mejora salarial, no hay en abundancia en este cacho de América ubicado al sur del Río Bravo y al norte del Usumacinta.

Ahora, pensando en términos estrictamente políticos, también uno logra encontrar una especie de “parecido familiar” que amarra a mexicanos y brasileños. En un pasado no tan distante, fue “Lula allá”, y desde hace poco, es “AMLO acá”. Dos tipos de gobierno que hacen coro en la narrativa de que han buscado

distanciarse de los gobiernos neoliberales que los antecedieron. También comparten las múltiples dificultades de concretar tal anhelo. En lo que respecta a Lula, por la situación del PT, por ser minoría en el Congreso nacional, el día a día de tener que construir alianzas políticas con partidos no exactamente en línea con la ideología del partido fue minando de manera sistemática la posibilidad de implementar una agenda más radical en las medidas del gobierno. Las invariables concesiones de altos cargos a políticos del PMDB, en pro de la “gobernabilidad”, significaron un verdadero “caballo de Troya”, pero en Brasilia. En el seno del gobierno se instalaron aquellos que en el futuro habrían de ser su más cruel verdugo (la traición de Michel Temer a Dilma Rousseff es solo el capítulo más sonado de esta odisea). Ojo, no se trata de concebir ingenuamente que el PT jamás haya sido beneficiado por arreglos poco lícitos de parte de su dirigencia. La *realpolitik* no es una reunión de vírgenes vestales. Obviamente la máquina del Estado fue puesta en marcha para impulsar que las contiendas electorales favorecieran a los candidatos del partido. Sin embargo, reconocer que en el tránsito de ser oposición a ser situación algo de la ética irreproachable que caracterizaba al partido se desvaneció en el camino –dado el desmedido afán por consolidar un proyecto de poder–, no es lo mismo que admitir que la corrupción era el *modus operandi* del Ejecutivo,

como la gran prensa golpista y los actores del sector judicial vinculados con la operación Lava-Jato quieren hacernos creer.

Aún es muy temprano para hacer un balance más definitivo, pero parece ser que el baile entre Ejecutivo y Legislativo en México se da de manera mucho menos truculenta, una vez que la coalición capitaneada por Morena ostenta la mayoría en el Congreso. Pero eso no quiere decir que se trata de un vals perfecto o eterno. En este campo, quizás el problema observado en la experiencia del país carioca que más resonancia pueda tener en el caso de la 4T es el tema del liderazgo político ultrapersonalizado. La historia personal de Lula se entremezcla de forma indisoluble con la del sindicalismo y el movimiento popular brasileño, y también con la trayectoria del propio PT. Sin embargo, la vitalidad y el carisma del líder no pueden hacer sombra al proyecto de país defendido por un partido. Así, del grupo de personas que se reúnen y organizan alrededor de la vida político-partidaria invariablemente surgen nuevos liderazgos que no pueden ser aplastados por la luminosidad que emana de los dirigentes consolidados.

Por ejemplo, algo muy criticable en la toma de decisiones internas del PT ha sido la resistencia a la realización de elecciones primarias para determinar quiénes serán los candidatos oficiales de la sigla para la disputa de elecciones para el Ejecutivo nacional,

estatal y municipal. La decisión de la línea sucesoria siempre dependió del dedazo del líder. Así, Dilma Rousseff probó por primera vez su suerte en las urnas conteniendo por el puesto máximo del país, justo porque fue la “elegida” de Lula. Esta mala costumbre debilita el ejercicio democrático al interior de la práctica partidaria y lanza suspicacias sobre la posibilidad de emergencia de nuevos liderazgos que respondan más cabalmente a los cambiantes intereses de la mayoría de los militantes de la agrupación. Una vez más queda el desafío de darle otra respuesta a la inverosímil máxima de que en la cultura política de América Latina la gente vota por el caudillo, pero no le brinda el apoyo necesario para que se sostenga al proyecto que representa en cada nueva votación.

Finalmente, existe un sinfín de enseñanzas que mirar hacia el Sur —más específicamente hacia Brasil en sus cortos años de gobiernos progresistas (2003 a 2016)— puede traer para el momento histórico que le toca a México bajo la batuta de Morena. Pero lo más importante, lo que no hay que olvidar, es que los países latino-americanos están mirando con atención y esperanza los resultados concretos de la 4T. No es la primera vez —ni será la última— que México es punta de lanza en los rumbos regionales. Para el bien del futuro de la democracia en América Latina, intentar escaparse de este designio, o peor, acabar por defraudar las expectativas puestas en la 4T, es un lujo que el actual gobierno mexicano no puede darse.

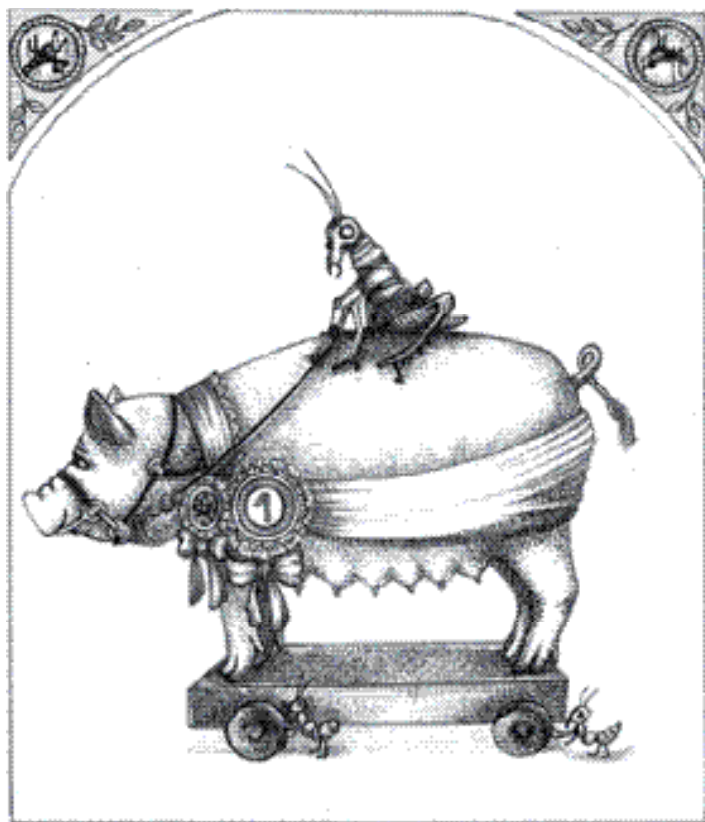


Ilustración: Mona Shikida.

9. BRASIL 2018:

RÉQUIEM POR LA DEMOCRACIA¹⁰

Hace pocos días, Brasil se montó en una montaña rusa cuyo punto de llegada es incierto. El pasado 28 de octubre, incrédulos, vimos cómo, con 100 % de las urnas contabilizadas, Jair Bolsonaro, candidato de última hora del Partido Social Liberal, capitán del ejército jubilado y exdiputado federal, fue elegido presidente del país con 55.1 % de los votos válidos. Su contrincante, Fernando Haddad, profesor universitario, exministro de Educación y exalcalde de São Paulo, y la opción de emergencia del Partido de los Trabajadores (PT) ante la determinación de la ilegalidad de la candidatura natural de la sigla, tuvo 44.9 % de la preferencia del electorado. De hecho, tenemos el siguiente cuadro final en esos comicios: en un universo de aproximadamente 145 millones de electores, la cantidad total de sufragios válidos fue de 104 838 753 (90.43 %), distribuidos entre Bolsonaro, quien obtuvo 57 797 847 (55.13 %); y Haddad, quien

¹⁰ En coautoría con Regina Crespo, investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México (CIALC-UNAM), publicado en *Memoria, Revista de Crítica Militante*, año 2018-4, núm. 268.

consiguió 47 040 906 (44.87 %). Hubo además 8 608 105 votos nulos (7.43 %) y 2 486 593 en blanco (2.14 %). Las 31 371 704 abstenciones constituyeron 21.30 % del universo de electores.

Lo que tendría que ser un día de celebración de la democracia se convirtió para muchos en la antesala del eclipse de la sociedad de derecho, en el vestíbulo de la desesperanza de construcción de una sociedad justa e incluyente. El candidato vencedor colecciona en su vida pública una serie interminable de discursos en los cuales ha vociferado ataques de odio contra negros, mujeres, homosexuales, brasileños del norte y noreste del país y los partidos de izquierda, especialmente el PT. Lo ha hecho con una saña absolutamente ajena al saludable ejercicio republicano de la divergencia de opinión. ¿Cómo comprender este retroceso para la democracia en Brasil? ¿Cómo entender que en un país caracterizado por la desigualdad, pero también por una lucha continua por la inclusión social y la tolerancia con la diversidad, la mayoría de la población haya decidido apostar por la vía autoritaria? ¿Cómo explicar que entre el capitán victorioso y el profesor derrotado hubo una diferencia de 10 millones de votos y que 31 millones de brasileños simplemente decidieron no ir a votar por ninguno de los dos?

Antes de intentar responder a estas preguntas debe considerarse que el proceso electoral recién

transcurrido en el país sudamericano no fue un proceso normal. Colmado de irregularidades, marcado por la violencia, fue manchado de modo indeleble al menos en dos frentes. En primer lugar, por la suspensión arbitraria de los derechos políticos de Luiz Inácio Lula da Silva como candidato a la presidencia. Hasta la decisión final sobre la impugnación de su candidatura, Lula era el único aspirante que en las encuestas de opinión aparecía con más de 40 por ciento de las intenciones de voto y que, dadas todas las simulaciones posibles de nombres en la segunda vuelta, aparecía como victorioso absoluto. El juez de primera instancia, Sergio Moro, quien acaba de aceptar integrar el gobierno de Jair Bolsonaro como ministro de Justicia, condenó al exmandatario Lula a la cárcel en un proceso a todas luces sesgado, sin pruebas fehacientes, y lo sacó de la contienda cuando era el favorito en las encuestas. Lo hizo mediante una maniobra que revela una vez más la parcialidad política del Poder Judicial en Brasil. Solo en una *republiqueta*, las fronteras entre poderes son tan porosas.

En segundo lugar, el proceso electoral fue manchado por el uso ilegal de robots desparramando *fake news* contra el PT en las redes sociales. La campaña de Jair Bolsonaro recibió comprobadamente un amplio apoyo financiero y tecnológico para esa campaña, que no solo incrementó la presencia del candidato entre la población, sino que además fomentó

y estimuló un discurso de odio que dividió al país. El Supremo Tribunal Electoral no procedió con imparcialidad durante el proceso, en especial en la etapa que antecedió a la segunda vuelta. No solo fue laxo, permitiendo la libre circulación de las *fake news*, al declararse incapaz de controlar los contenidos difundidos en la plataforma WhatsApp. Fue arbitrario, pues aceptó que Bolsonaro, quien había rehuido los debates con Haddad, con el pretexto del atentado que sufrió el 6 de septiembre, utilizara la cadena de televisión Record, de su apoyador Edir Macedo (obispo fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios), para dar sus discursos políticos con exclusividad. Además, Haddad, debido a su reducido tiempo de campaña como candidato presidencial oficial –pues la expectativa sobre la legitimidad de Lula como candidato se extendió hasta el 11 de septiembre– no contó con la misma oportunidad en ningún medio televisivo, ni siquiera como tiempo de respuesta a las criminales mentiras plantadas por el equipo vinculado a Bolsonaro y difundidas con amplitud en las redes sociales. Entre las viles falsedades regadas en el mundo virtual estaban estas: a) que Haddad había violado a una menor de edad; b) que Manuela D’Ávila, joven política del Partido Comunista de Brasil y candidata a vicepresidenta en la boleta petista, había estado en contacto con el agresor de Bolsonaro el día previo al atentado sufrido por este; y c) la existencia de un

supuesto *kit gay* para catequizar niños de primaria sobre la homosexualidad. Respecto de esto último, solo muy tardíamente, después de que el desastre ya era grande, la justicia electoral determinó la retirada de todos los videos subidos por Bolsonaro que hicieran referencia al infame *kit gay*, nombre despectivo dado a un libro didáctico encargado por el Ministerio de Educación a organizaciones no gubernamentales para trabajar temas de diversidad sexual en las escuelas públicas, pero que nunca se distribuyó.

El proceso que culminó en la victoria de Jair Bolsonaro no se gestó solamente en los 30 días de la campaña electoral. De hecho, hubo una “demonización” previa de las izquierdas, y en especial del PT, que se vino gestando desde 2013, último año del primer periodo presidencial de Dilma Rousseff, a partir de unas manifestaciones de protesta que las izquierdas no supieron interpretar, pero que las derechas lograron instrumentalizar. Asimismo, la negativa del candidato derrotado Aécio Neves, exgobernador de Minas Gerais y filiado al Partido Social Demócrata Brasileiro (PSDB), a aceptar los resultados de la estrecha, pero legítima, victoria de Rousseff en las elecciones de ese año desencadenó un proceso de ordenamiento de las fuerzas conservadoras en oposición al gobierno que comprometieron su funcionamiento y potencializaron a la opinión pública en su contra. Los años de 2014 y 2015 fueron de gran inestabilidad política y

culminaron en el *impeachment* de la presidenta, en agosto de 2016, basado en un crimen de responsabilidad inexistente. Michel Temer asumió la presidencia y de inmediato inició la aplicación de una agenda económica de tintes neoliberales, con una política clara de privatizaciones y la congelación de las inversiones en educación, salud e infraestructura. Las directivas económicas adoptadas por el nuevo gobierno fueron las plasmadas en el documento *Puente para el futuro*, un recalentado sin sabor del plan de gobierno liberalizante que fuera derrotado de manera sistemática en las urnas. No faltaron atinados chistes sobre cómo había poco de puente para el futuro y mucho de “túnel hacia el pasado” en las nuevas medidas económicas. No es un dato menor mencionar que Bolsonaro haya designado a un genuino *Chicago boy* y representante directo de la oligarquía financiera, el banquero Paulo Guedes, como su “superministro” de economía —carpeta que debe fusionar a partir del 1 de enero de 2019 a los Ministerios de Hacienda, Planificación, Industria y Comercio—, y tratando de profundizar el recetario ultraliberal anclado en la apertura económica, disminución de impuestos, privatizaciones de lo que queda de las empresas del Estado y extensión de las concesiones al sector privado de cobros por los servicios públicos.

En realidad, tras este golpe de Estado de carácter judicial, parlamentario y mediático, quizás habría

sido una verdadera sorpresa la victoria de un candidato de centroizquierda como Haddad. Lo curioso es que, en sentido estricto, tampoco podría explicarse por qué un candidato de tintes ultraderechistas como Bolsonaro sería conveniente para los sectores conservadores de Brasil, incluso si recordamos que durante los 13 años de los gobiernos petistas la banca ganó mucho y los sectores del agronegocio fueron favorecidos. Seguramente, Bolsonaro no fue su candidato inicial (Geraldo Alckmin, del PSDB; o Amoedo, del Partido Novo, habrían sido opciones mejores). Sin embargo, para la culminación del golpe iniciado con la destitución de Dilma Rousseff, cuya meta principal parece haber sido la consolidación de un proyecto económico neoliberal en Brasil y la consiguiente derrota del PT en el espectro político del país, Bolsonaro resultó ser el único camino.

Por otra parte, explicar la causa de este retroceso que se dio con la preferencia de los brasileños por Bolsonaro, después y a pesar de la implantación de todas las políticas públicas de inclusión social del PT, nos lleva a enumerar y a reflexionar acerca de diversos elementos importantes. Más allá del terrible efecto del círculo vicioso de las *fake news*, difundidas en el mencionado esquema millonario de propaganda en redes sociales, que el sistema judicial brasileño no quiso detener, la simple figura de Bolsonaro de cierta manera abrió la “caja de Pandora” de una sociedad

en extremo conservadora e ignorante. La inestabilidad, la violencia y el desempleo, amplificadas por la crisis económica que el gobierno de Michel Temer catapultó, potenciaron el uso de las soluciones de fuerza y contribuyeron a la construcción de enemigos, a quienes la gente pasó a culpar de los problemas del país (los inmigrantes, los “nordestinos”, las feministas, los LGBT, y claro, los petistas). Bolsonaro hizo la apología del odio, y a la vez presentó una imagen idílica y nostálgica de la dictadura militar como una época de orden y progreso, que su candidatura representaría. Con la notoria ausencia de un sentido histórico en la sociedad brasileña, que no ha podido hacer un verdadero ajuste de cuentas con su pasado, se volvió fácil para Bolsonaro definir villanos sin necesidad de pruebas. En ese contexto, asumió la lucha contra la corrupción como eslogan de su campaña, aprovechando la evidente manipulación de la operación Lava Jato contra el PT, para acusar de corruptos a los petistas y proponerse a sí mismo como lo verdaderamente nuevo en la política y el único capaz de construir un nuevo Brasil. Que Bolsonaro haya sido un diputado mediocre durante 27 años, que su riqueza sea incompatible con sus rendimientos y que su campaña haya rebasado los límites legales no importó a sus electores. Ahora, cuando forma su equipo de gobierno, ha llamado a varios políticos condenados por corrupción.

Otro elemento importante que ayuda a explicar el éxito de Bolsonaro en las urnas está en el apoyo recibido de las Iglesias neopentecostales (recordemos que Bolsonaro, quien era católico, se hizo evangélico y se casó, en terceras nupcias, con una evangélica). Basadas en la teología de la prosperidad, que propugna el individualismo, la meritocracia y el consumismo, estas lograron conquistar amplios sectores populares de cierta manera abandonados por los movimientos sociales e incluso por el mismo PT, que no supo o no pudo hacer un trabajo de inclusión ciudadana con estos sectores, los cuales dejaron de entender los programas sociales llevados a cabo por el gobierno como políticas públicas. Podemos pensar que, al aceptar la meritocracia como medio de ascensión social, la sociedad deja de creer en la lucha colectiva, en los movimientos sociales y en la política como herramienta de transformación. En ese contexto, Bolsonaro pudo defender en su campaña la criminalización de los movimientos sociales, como el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra, el fin de todos los “activismos políticos” y la diseminación de una aberración como el programa Escuela sin Partido, que propugna la vigilancia de contenidos y el fin de la libertad crítica en las escuelas brasileñas, desde primaria hasta universidad.

Sin ningún compromiso con la cultura nacional pensada desde una perspectiva incluyente y diversa,

haciendo hincapié en una versión moralista y conservadora que niega la realidad económica, social y cultural del país, Bolsonaro rehuyó los debates, no presentó un plan de gobierno, se comunicó, como Trump, por medio de las redes sociales, sin ninguna interlocución, y recibió de los medios, del Poder Judicial, del Parlamento, del Gobierno y de parte significativa del empresariado y del sector financiero del país apoyo suficiente para obtener 58 millones de votos y una especie de cheque en blanco. Sin embargo, no hay que perder de vista que Haddad recibió 47 millones y que el PT sigue siendo el partido con más diputados en la Cámara. Ello significa que la campaña por su derrota no tuvo éxito. Además, 31 millones de brasileños decidieron no votar, lo cual puede interpretarse como omisión; también cabe considerarlo una posible fuente de oposición al gobierno por iniciarse en enero. El incondicional respeto del coro de esas voces dará la medida del futuro inmediato de la democracia en Brasil.

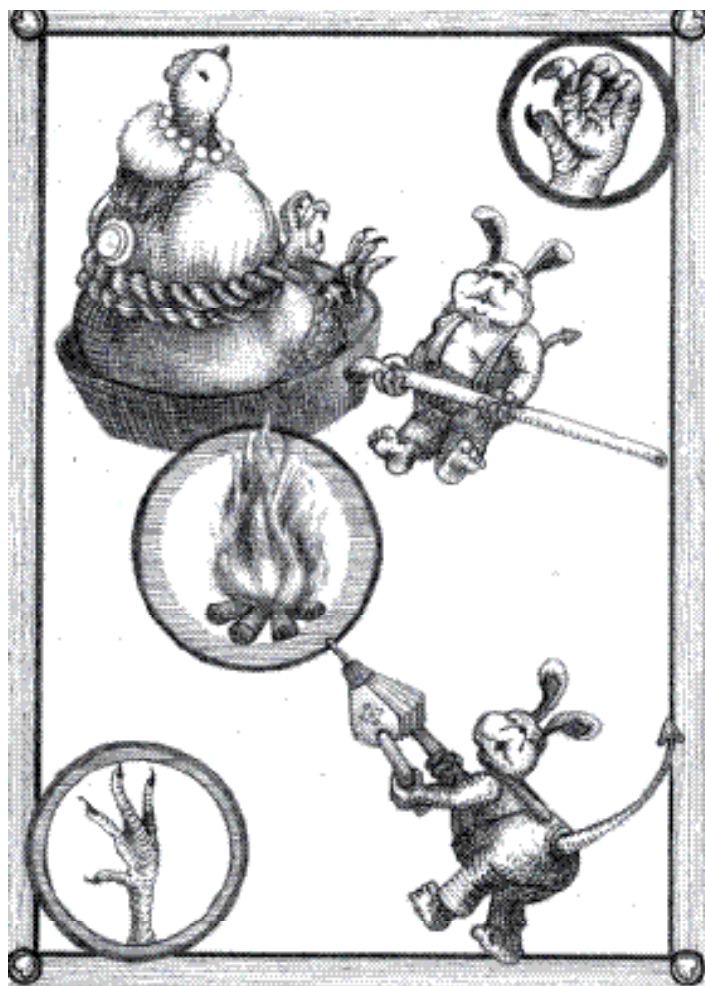


Ilustración: Mona Shikida.

10. FUTURO HIPOTECADO: LOS RECORTES A LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN BRASIL¹¹

Jair Bolsonaro acaba de cumplir su quinto mes como presidente de Brasil. Su gobierno de extrema derecha se ha caracterizado por una estrategia notoria de desmonte de las políticas públicas y de imposición de una agenda económica neoliberal.

En el periodo, el fin de los ministerios del Trabajo, del Deporte y la Cultura, la privatización de recursos nacionales, aeropuertos y empresas públicas y el intento de imposición de una reforma de la seguridad social basada en instrumentos de capitalización evidencian por dónde ese gobierno está conduciendo al país.

En cuanto a la educación –que el presidente no considera inversión, sino gasto– hemos tenido, en las últimas semanas, varias noticias nefastas, aunque también unas ráfagas de esperanza. El actual ministro de Educación, Abraham Weintraub, economista liberal, anunció un recorte de cerca de 30 % en

¹¹ En coautoría con Regina Crespo, investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México (CIALC-UNAM). Publicado originalmente en el boletín de "Clacso", *Nuestra América* *xxi*, *Desafíos y Alternativas*, 19 de julio de 2019.

promedio del presupuesto de las universidades públicas federales en el país. La reducción presupuestaria fue diferente en cada institución, en algunos casos, como el de la Universidad del Sur de Bahía, el recorte sobrepasó el 50 % del presupuesto [Oliveira, 2019].

No está de más mencionar que fue el actual ministro quien afirmó, sin citar cualquier estudio relevante y fuente oficial, que Brasil ya había superado la meta en número de doctores, por lo que no consideraba importante tener más. Weintraub también mencionó que es un error que el gobierno financie las humanidades, dado que son las que menos generan ciencia relevante [*Jornal GGN*, 2019].

Si bien Brasil destina el 6 % de su PIB al sector educativo, el gasto medio por cada estudiante es solo una tercera parte de lo que gastan los países de la OECD en promedio [Galarraga, 2019].

Sin embargo, no se trata solo del golpe al financiamiento a la educación pública, gratuita y de calidad. Menos recursos financieros para la educación significan menos dinero disponible para garantizar la formación de científicos. De hecho, los recursos para que la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior (Capes) y el Consejo Nacional de Investigación (CNPQ) otorgaran becas para la formación de alumnos a nivel maestría y doctorado

fueron prácticamente eliminados, arriesgando la producción de artes, ciencia y tecnología en el país de forma alarmante.

A principios de mayo, Capes anunció que suspendería todas las nuevas becas de investigación de maestría, doctorado y posdoctorado, que en conjunto sumaban 4 798 apoyos a estudiantes [Pina, 2019]. A principios de junio, Capes anunció la suspensión de 2 724 becas más [Saldanha, 2019].

En definitiva, detrás del recorte presupuestario lo que se vislumbra es el desmantelamiento de la universidad pública para su posterior privatización y la desestructuración total de un proyecto basado en el fortalecimiento de un modelo de educación inclusiva y universal, de producción científica y humanística propia, con miras a construir un país con justicia social.

Una nota no menor es la embestida en contra de la autonomía universitaria, como se ve en el Decreto Presidencial 9.794/2019, que otorga al presidente el poder de intervenir en las designaciones de rectores, auditores y demás autoridades de las universidades. Además, las personas elegidas para los puestos podrán ser destituidas según evaluaciones sobre sus primeros años de desempeño y “conveniencias administrativas” [Hermanson, 2019].

Esas medidas implican, de hecho, volver a los viejos tiempos de la dictadura militar (1964 a 1985), en que las universidades sufrieron con la injerencia

directa de la mano dura del Estado. Esos viejos tiempos parecían haberse superado con el fin de la dictadura y la promulgación de la Constitución Ciudadana de 1988 —que significó un sensible avance en términos de los derechos humanos y políticos, de la búsqueda de la justicia y el ejercicio democrático— y que dio a la gestión de las universidades las garantías necesarias para su ejercicio en tiempos democráticos. Qué desafortunada equivocación.

Cuando se retira de un plan de gobierno la formación de cuadros científicos, humanísticos, sociológicos, se está impidiendo que la nación tenga un proyecto a futuro, que las condiciones de vida sean mejores para su propia población y que el país consiga un papel más protagónico en términos internacionales. En definitiva, es un retroceso dramático, pues con el recorte en el presupuesto público para la educación se está hipotecando el futuro del país.

Políticas como las de Bolsonaro deben ser vistas como el mínimo denominador común de la ola de derechización que se observa hoy en varias partes del mundo. Una rara excepción al “giro hacia la derecha” se observa en México, donde el gobierno de la Cuarta Transformación de López Obrador tampoco está inmune a críticas a la polémica práctica de la “austeridad republicana”, que viene afectando los recursos financieros destinados a la ciencia y la cultura.

Además, se puede identificar otro punto de contacto que une a los gobiernos conservadores recientemente elegidos: un movimiento masivo de demonización de las izquierdas, de fuerte antiintelectualismo y de descalificación de la política como la herramienta legítima de cambio social. Frente a este tipo de bandera, no es casual que pululen manifestaciones de rasgos fascistas por parte de los apoyadores de gobiernos semejantes al de Bolsonaro. Sin duda es un camino preocupante.

En Brasil, los riesgos de retroceso son palpables, la creciente persecución a profesores e intelectuales disidentes de las líneas ideológicas del gobierno revela la clara intención en el sentido de impedir el propio ejercicio del pensamiento crítico. De ahí la cruzada del gobierno en contra de las humanidades. Son incontables las afirmaciones públicas por parte de las actuales autoridades educativas de que carreras como sociología y filosofía son meros focos de militancia política, y que los recursos del erario deberían dirigirse para cursos que “realmente preparen a los jóvenes para el mercado de trabajo”. Esa visiónseudopragmática de la educación demuestra que no le interesa al grupo en el poder que la sociedad reflexione sobre su contexto. La formación de una ciudadanía consciente decididamente no le conviene.

Tras el bombardeo de noticias nefastas, finalmente llegamos a las prometidas ráfagas de esperanza:

los pasados 15 y 30 de mayo hubo protestas multitudinarias contra las arbitrarias medidas de recorte a la educación en más de 170 ciudades de Brasil. Estudiantes y académicos salieron y explicaron a la población el trabajo que realizan.

La Unión Nacional de Estudiantes (UNE), que ha sido la organización más importante en la promoción de las recientes protestas en Brasil, alertó de que el gobierno está tratando de atemorizar a los estudiantes, profesores e incluso padres de familia para contener las manifestaciones. Las movilizaciones de mayo no solo fueron para defender la educación. Aunque los cortes en el presupuesto constituyeron el principal motivo para fomentarlas, las manifestaciones también sirvieron para protestar contra el gobierno de Bolsonaro en general y mostraron su desacuerdo con muchas de las medidas tomadas por la gestión gubernamental, como la propuesta de reformar la Ley jubilatoria [*Infobae*, 2019].

Esas manifestaciones son muestra de que gran parte de los estudiantes y académicos no está aislada, que se están movilizando para cumplir su papel político y social, mostrando a la sociedad que al realizar sus tareas no se encuentran “ideologizando” a la docencia ni haciendo “proselitismo”, como declara el gobierno. Políticos como Bolsonaro demonizan la crítica y defienden el pensamiento único. Para ellos, la figura del profesor puede pasar a ser el gran enemigo

a combatir, pues si las personas no tienen la capacidad de reflexionar, preguntar y criticar, acaban por refrendar todo lo que no les favorece. Por ello, la banalización de la ignorancia es un peligro que se necesita combatir. Hay mucho que aprender y de qué preocuparse con lo que está pasando en Brasil, pero también hay mucho qué esperar de los estudiantes y profesores que no dan muestras de conformarse con el discurso oficial y sus imposiciones.

El 14 de junio se hizo un día de paralización nacional en contra de las políticas económicas y sociales del gobierno de Bolsonaro. La repercusión fue notable, dando seguimiento al movimiento anterior. Por otra parte, el 9 de junio, el medio alternativo *Intercept Brasil* empezó la publicación de una serie de reportajes producidos a partir de archivos (mensajes privados, grabaciones en audios, videos, documentos judiciales fotos, etcétera) enviados por una fuente anónima, que comprueban la comunicación entre el entonces juez Sergio Moro y los procuradores de la operación Lava-Jato [Greenwald, Reed y Demori, 2019].

Los reportajes han conmocionado a la opinión pública y puesto en entredicho los objetivos reales de lucha en contra de la corrupción de la operación. Como sabemos, uno de sus principales resultados fue la condena del expresidente Lula da Silva a la cárcel, en un juicio muy cuestionado en Brasil e internacionalmente. Para muchos, el sacar a Lula de la contienda

fue lo que condujo a Brasil al actual gobierno de extrema derecha de Bolsonaro, del cual Sergio Moro es nada más ni nada menos que el ministro de Justicia. Quizás esta serie de reportajes sea una ráfaga más potente para transformar el turbulento panorama político brasileño.

REFERENCIAS

- Galarraga Gortázar, Naiara [2019], “Bolsonaro ataca la universidad pública, la ciencia y el pensamiento crítico”, *El País*, Sao Paulo, 13 de mayo.
- Greenwald, G., B. Reed y L. Demori [2019], “Como e por que o *Intercept* está publicando chats privados sobre a Lava Jato e Sergio Moro”, *Intercept*, Brasil, 9 de junio.
- Hermanson, Marcos [2019], “Decreto de Bolsonaro permite ao governo escolher equipes de direção das universidades”, *Brasil de Fato, uma visão popular do Brasil e do mundo*, 17 de mayo.
- Infobae [2019], “Nuevas protestas masivas en Brasil contra los recortes de Bolsonaro a la educación”, *Infobae*, Argentina, 31 de mayo.
- Jornal GGN [2019], “Ministro da Educação ataca estudantes e defende ensino privado”, *Jornal GGN*, 15 de mayo.

- Oliveira, Ribamar [2019], “Corte em universidade chega a 52% da verba”, *Valor Econômico Princípios Editoriais*, Brasília, 8 de mayo.
- Pina, Rute [2019], “Sem reajustes há seis anos, bolsa é única fonte de renda para pesquisadores”, *Brasil de Fato, uma visão popular do Brasil e do mundo*, 14 de mayo.
- Redação RBA [2019], “Estamos aqui também para defender a memória de Paulo Freire’, diz Boulos”, *Rede Brasil Actual* (RBA), 30 de mayo.
- Saldanha, Paulo [2019], “Bolsonaro congela mais 2 724 bolsas de pesquisa; corte atinge 6.9 % dos benefícios”, *Folha de S. Paulo*, 4 de junio.



Ilustración: Mona Shikida.

11. LOS FANTASMAS DE AMÉRICA LATINA: ESTANCAMIENTO ECONÓMICO, VULNERABILIDAD EXTERNA Y PANDEMIA¹²

Un fantasma rondaba América Latina. Y no, no se trataba de “aquel” fantasma. De hecho, en los años recientes, con contadas excepciones, lo que se vio fue un giro conservador importante que ahuyentó por una temporada al famoso espectro de la región. En realidad, el fantasma que nos ha venido asombrando es el del *estancamiento económico*. Tras un periodo de expansión del comercio mundial con la globalización en los años noventa del siglo pasado, sumados al alza del precio de las materias primas y de un mayor crecimiento económico catapultado por el aumento de las exportaciones, las economías latinoamericanas ya venían enfrentándose, desde el 2014, a la multiplicación de los problemas ocasionados por las nuevas limitantes del modelo de inserción internacional subordinada y la extrema dependencia en los vaivenes de una economía global inmersa en una inmensa

¹² En coautoría con Claudio Todd, estudiante de la licenciatura en Economía por la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (FE-UNAM). Publicado originalmente en la *Revista en Común. Memorias combates proyectos*, abril de 2020.

incertidumbre. Con todo, como no hay nada en la vida que no pueda empeorar, además del fantasma del estancamiento que nos estaba rondando, marzo de 2020 trajo una compañía sorpresa que llegó sin invitación: la pandemia del nuevo coronavirus y la enfermedad llamada covid-19. Si las economías latinoamericanas ya estaban sufriendo ante la economía global en franca desaceleración, ahora el dolor es punzante con la producción y el comercio mundial en cuasiparálisis.

En resumen, en menos de dos meses pasamos de la genuina preocupación por los efectos negativos de la tendencia al estancamiento a la expectativa de cuán profundo será el agujero económico como escenario dejado por la emergencia sanitaria que hoy vivimos. Y, más importante, cómo haremos para darle cauce a una urgente inquietud, de qué forma se van a restablecer las condiciones para que las economías latinoamericanas se recuperen de este *shock* adverso.

Como se ha mencionado, y de acuerdo con el informe de enero de 2020 del Banco Mundial [2020], para inicios de 2020 no se esperaba un incremento significativo de la tasa de crecimiento en la economía mundial para este año; el pronóstico en enero era de 2.5 %, siguiendo el resultado decepcionante de crecimiento mundial de 2.4 % en 2019. Si la economía global ya venía dando claras señales de desaceleración, la

misma tendencia también era esperada para las llamadas “economías emergentes”, sobre todo las latinoamericanas. En diciembre de 2019, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe [Cepal, 2019] pronosticaba que el crecimiento económico de la región sería de un módico 1.3 % en 2020. Para marzo de 2020, contemplando los efectos de la pandemia, su pronóstico ha cambiado radicalmente, previendo que este año el producto interno bruto (PIB) de la región crecerá -1.8 % [Cepal, 2020a] y sin descartar que, conforme la emergencia sanitaria siga desarrollándose, el crecimiento negativo regional pueda ser de 3 % o 4 % [Cepal, 2020b]. Sin embargo, aún es muy temprano para dar un número preciso de la retracción económica de América Latina gracias a la epidemia, lo que no implica abdicar a vislumbrar el tamaño ingente del problema.

A pesar de que América Latina no puede considerarse todavía el epicentro de la pandemia, todos los países de la región ya presentan casos de contagio comunitario y las curvas de infectados con el virus van en aumento exponencial. A esto se agrega una aprensión más que justificada en la región por las expectativas que se tienen de que los impactos negativos de la pandemia sean similares, o incluso más graves y algo desfasados en el tiempo, a los vistos en China o en Europa. Este temor tiene muchas justificaciones, una de ellas la expresa el jefe de la Organización

Mundial de la Salud (OMS), Tedros Adhanom Ghebreyesus: “Nuestra mayor preocupación sigue siendo la posibilidad de que la covid-19 se propague en países con sistemas de salud más débiles” [Vidal, 2020]. Vale mencionar que, gracias al anacrónico fantasma de la austeridad que aún ensombrece la gestión de las finanzas públicas, los países latinoamericanos no cuentan con sistemas de salud y de seguridad social robustos y plenamente capaces para combatir los perturbadores resultados de una pandemia que se irradia en nuestras latitudes.

Para entender la gravedad del problema, basta con reproducir lo que dijo la directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), luego de revisar las previsiones para 2020 y 2021: “Hoy está claro que el mundo ha entrado en una recesión que creemos será tan mala como la de 2009 o peor” [Guimón, 2020]. Si antes el escenario preocupante para las economías latinoamericanas era la desaceleración de los ritmos de crecimiento de la economía global; ahora, a la sombra de la covid-19, se asoma en el horizonte la real posibilidad de una nueva gran depresión mundial, lo cual es un contexto aún más desafiante. Además, los gobiernos de la región han actuado de diferentes formas y en múltiples velocidades para mitigar los efectos de la inevitable pandemia. El difícil reto es no llegar a escenarios de colapso agudo del sistema de salud como se vivió en Italia y España, de ahí el llamado a que la población reduzca de forma

drástica sus salidas del hogar. A pesar de que el nivel de medidas de mitigación social van dependiendo de cada país –por ejemplo, México y Brasil han tenido medidas más “paulatinas” y “laxas” de convocatoria a quedarse en casa, mientras otros países han sido mucho más incisivos, como Argentina, con una cuarentena total, o Chile, con la implementación de un toque de queda y cuarentenas totales obligatorias en los sectores donde se han presentado más casos–, el impacto económico de corto plazo ya se está sintiendo dada la necesaria paralización de las actividades económicas no esenciales.

En la misma línea de razonamiento, en su informe más reciente sobre los posibles efectos negativos de la covid-19 en las economías emergentes, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo [UNCTAD, 2020a] advierte que el desempeño económico de estos países en el primer trimestre de 2020 no solo fue decepcionante debido a la desaceleración en las economías avanzadas afectadas por la pandemia, sino que también hubo señales de que la retracción económica que han demostrado fue más severa que la observada en el periodo poscrisis financiera internacional de 2007 a 2008. Además, muchos de los factores que se presentaron para sacar a flote a las economías emergentes aquella vez, no están vigentes hoy. Quizás el ejemplo más notable de ello es el gran crecimiento de la economía china que arrastró la demanda de materias primas en aquel entonces, mientras

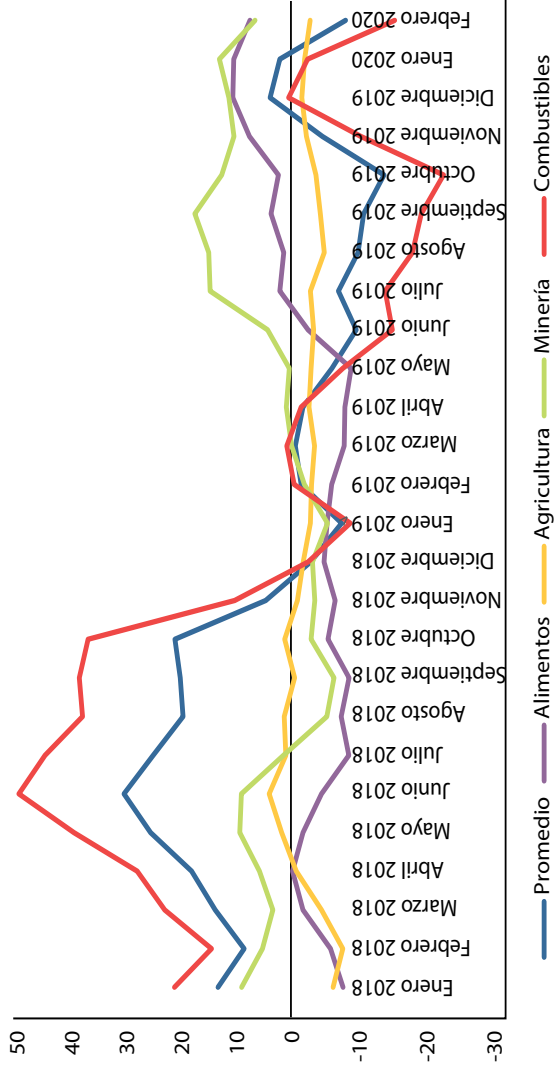
que, en la actualidad, pocas esperanzas se pueden depositar en que la economía asiática se recupere con el vigor y velocidad suficientes para redinamizar las exportaciones de las materias primas latinoamericanas. Eso porque China misma pasa por una marcada desaceleración tras la pandemia, que se manifiesta en el pronóstico de crecimiento del PIB de nada más 2.3 % para 2020, en comparación con el crecimiento de 6.1 % experimentado en 2019 [Shalal, 2020].

Además de los altos costos de las medidas de contención de la pandemia, las economías latinoamericanas se enfrentan a varios canales de transmisión macroeconómica por los cuales nos llega la nueva recesión mundial, por lo que deberemos estar atentos a la forma que asume cada uno de los mecanismos de transmisión de este *shock* en las naciones de la región. En este sentido, la Cepal [2020b] indica cinco canales externos de transmisión: 1) la disminución de la actividad económica de sus principales socios comerciales, que afecta a la demanda de las exportaciones de los países latinoamericanos, por ejemplo con China; 2) la caída de los precios de los productos primarios, que impacta de forma negativa el valor del ingreso obtenido por las exportaciones; 3) la interrupción de los circuitos y de las cadenas globales de valor en que participaba la región; 4) la menor demanda de servicios de turismo y la consecuente disminución de los ingresos por ese rubro; y 5) la intensificación de la aversión al riesgo y el empeoramiento de las

condiciones financieras mundiales, lo que llevó, por ejemplo, a la gran depreciación experimentada en febrero a abril de 2020 por las monedas de las naciones de la región, principalmente el real brasileño y el peso mexicano, y al instantáneo encarecimiento de las deudas y obligaciones adquiridas en dólares por los actores públicos y privados de esos países. En suma, identificar cómo esos canales de transmisión aterrizan y se articulan con las condiciones económico-político-sociales en cada una de las naciones de América Latina nos ayudará a entender la dimensión real del efecto de esta situación extraordinaria.

Uno de los indicadores que pueden auxiliarnos en el mejor entendimiento de cómo opera el canal de transmisión 2 es el índice de los precios de las materias primas de libre mercado elaborado por la UNCTAD y que hemos sistematizado en la gráfica 9. Ahí se observa la evolución del índice promedio, en la línea punteada, así como los niveles desglosados para los alimentos, la minería, la agricultura y los combustibles. Entre otros elementos, llama la atención que: a) al segundo semestre de 2018 los precios de los productos básicos sufrieron una caída importante, que mejoró de manera tímida para diciembre de 2019; y b) a partir de este último mes, y ya en el marco de la pandemia, se observa una disminución mucho más acentuada de este indicador que se extiende hasta febrero de 2020, que es el dato oficial más actualizado del cual disponemos.

Gráfica 9. Índice de precios de productos básicos de libre mercado (2018 a 2020)



Fuente: elaboración propia con datos de la UNCTAD [2020].

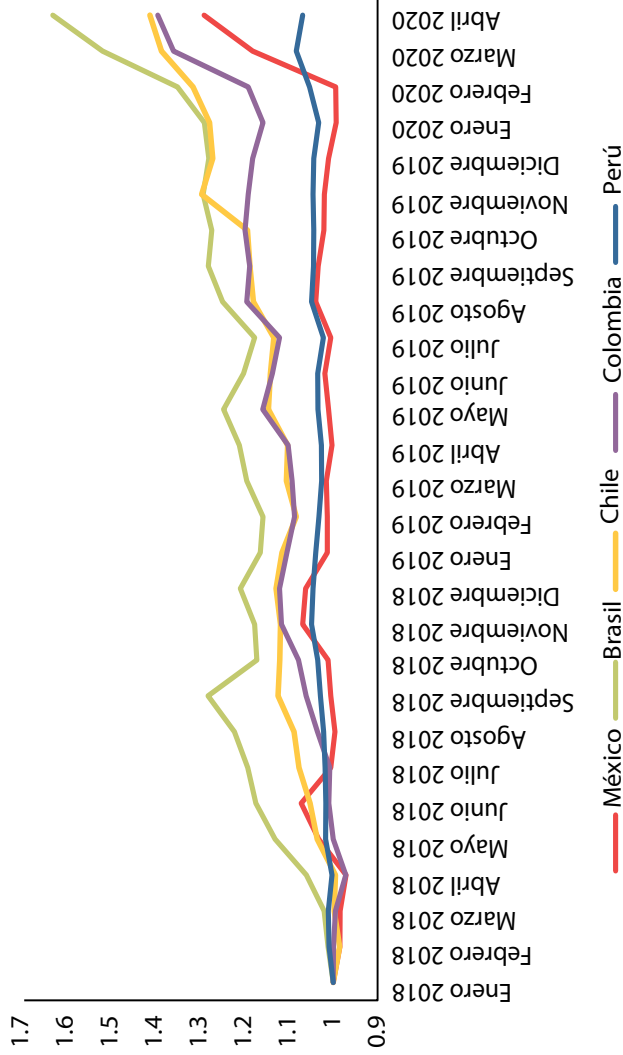
La caída de los precios de los productos básicos conduce a un efecto depresivo importante para las economías latinoamericanas, una vez que sus exportaciones están concentradas en productos de una o más ramas de los bienes señalados, y por tanto, la entrada de divisas por esos rubros tiene una función macroeconómica fundamental que es generar el poder de compra necesario para la importación de otros tipos de bienes que no producimos de forma suficiente de manera interna. Otro aspecto importante relacionado con el decremento de los precios de los productos primarios, y que nos señala el citado informe de la UNCTAD [2020a], es que esta caída actual ha sido aún más pronunciada que la experimentada en la crisis de 2007 a 2008. Si a esto le sumamos que la desaceleración de las economías avanzadas y de China presionarán más a la baja los precios de los bienes primarios y energéticos, acompañada de una disminución en el volumen de sus transacciones comerciales, se podría estimar una pérdida de 800 000 millones de dólares de los ingresos por divisas en los mercados emergentes.

En la gráfica 10 hemos seguido la trayectoria de un indicador que nos ayuda a entender mejor el canal de transmisión número 5 señalado por la Cepal [2020b], evidenciando la marcada depreciación de las monedas de las principales economías latinoamericanas —excepto Argentina— en el periodo que se extiende de febrero a abril de 2020, dada la ingente

fuga de capitales que acometió la región cuando se desató la pandemia. Si tomamos el caso del real brasileño, de enero del 2018 a abril de 2020, esta moneda tuvo una depreciación acumulada de cerca de 63 %. Para evaluar de modo más concreto el efecto de la pandemia sobre la fuga de capitales y el tipo de cambio, es ilustrativo lo que ha pasado con la moneda de México: una depreciación de alrededor del 30 % apenas de febrero a abril de 2020, llegando recientemente a su mínimo histórico de 25 pesos mexicanos por dólar.

En un contexto normal, podríamos discutir con más detalle cómo es problemático crecer bajo la égida de las exportaciones primarias, por el cuello de botella en las cuentas externas que eso implica, en un contexto de reducción del precio de los *commodities*; sin embargo, en la situación de emergencia en la que estamos, el bajo poder de compra de nuestras exportaciones significa insuficiencia crónica para garantizar los pagos internacionales en moneda fuerte —que ahora está más encarecida por el efecto cambiario— y que dificulta las importaciones de *ítems* esenciales como aparatos de protección a los equipos de salud, químicos para los análisis de diagnóstico, mascarillas y respiradores.

Gráfica 10. América Latina (cinco países):
índice de depreciación cambiaria, 2018 a 2020 (enero de 2018 = 100)



Fuente: elaboración propia con datos de <Fxtop.com>.

En pocas palabras, América Latina entra en la lucha de vida o muerte contra la pandemia con mayor fragilidad macroeconómica, lo que reposiciona la preocupación por el menor flujo de capitales hacia la región, porque ahora no se trata solamente de una crisis generada por las distorsiones típicas de un modelo de desarrollo extrovertido, capitaneado por exportaciones de bajo valor agregado y con tendencia a ser interrumpido de forma sistemática por la restricción externa cuyo impacto pueda diferirse en el tiempo. Ahora no es retórica la pregunta de ¿cómo se podrá hacer frente a esta pandemia si contamos con menos divisas para importar? Pasando la emergencia de cortísimo plazo que nos atañe, la cuestión de la caída de los precios de bienes básicos y la vulnerabilidad externa detonan, de nuevo, un sinfín de reflexiones para el mediano y largo plazos; por ejemplo, cuestionamientos sobre qué tipo de estructura productiva, económica, política y social aspiramos a tener para que la marca de la región sea el desarrollo sostenible y equitativo.

Más allá del miedo legítimo que brota de un cuadro tan hostil como el que aquí se dibujó, no podemos inmovilizarnos en lamentaciones. Ante las adversidades expuestas, las preguntas que recobran valor son las relacionadas con el qué se debe hacer y cuáles serán los mecanismos que se utilizarán para amortiguar los efectos negativos de esta crisis eco-

nómico-sanitaria y promover la reactivación económica. En este sentido, importantes instituciones internacionales como la Organización para Cooperación y el Desarrollo Económico [OCDE, 2020], han afirmado que se deben fortalecer las acciones coordinadas de la comunidad internacional. De hecho, Ángel Gurría [2020], secretario general de la OCDE, calificó que las medidas deberían ser de gran escala: “acciones conjuntas para ganar la guerra”.

Así, a partir de estas valoraciones, se ha llamado a varias medidas económicas para enfrentar las condiciones desfavorables en América Latina, como son: a) el incremento del gasto público en aras de salvar la salud, los empleos y las finanzas de las personas, en especial a las más vulnerables en un sentido social; y b) también garantizar la disponibilidad de recursos financieros para apoyar a las empresas, pequeñas y medianas, las principales empleadoras en nuestros países, sobre todo en los sectores productivos más afectados. No es casual que estas medidas hayan sido catalogadas por la propia OCDE como una especie de “Plan Marshall” en pleno siglo XXI con una visión de *New Deal* a escala planetaria. Justamente al entender que hay regiones más vulnerables, como la latinoamericana, los organismos internacionales destacan la inminente necesidad de apoyar a los países de bajos ingresos; por ejemplo, la UNCTAD [2020b] ha pedido

que se genere un paquete anticrisis de 2.5 miles de millones de dólares para países en desarrollo.

Además, analizando las propuestas de la agenda internacional, podríamos preguntarnos: ¿habrá suficiente voluntad política y capacidad de coordinación para realizar tal “rescate” de las economías emergentes? Martin Wolf [2020] reflexiona justamente sobre la necesidad de que este tipo de decisiones sean tomadas teniendo como base su carácter ético; y aquí rescatamos la pregunta hecha por el autor “¿Elegimos la solidaridad sobre la hostilidad y la responsabilidad global sobre el nacionalismo interno?” Sin embargo, sabemos cómo es lento el tránsito entre las buenas intenciones de la “comunidad internacional” a las vías concretas de apoyo. Evidentemente, habrá que apostar por la solidaridad entre países para sortear de forma común tales dificultades, pero sin descuidar los instrumentos nacionales de los que se puede echar mano de inmediato.

Por último, comparados con el volumen de recursos financieros necesarios para salir del agujero económico que la covid-19 excavó, los créditos del Plan Marshall son migajas, los de la Alianza para el Progreso son de escala molecular, y subatómicos todos los derechos especiales de Giro que el FMI ya haya liberado para los países latinoamericanos. En definitiva, toda la ayuda es bienvenida, pero no basta con pensar en quién nos va a rescatar una vez más. Por más difícil

que sea predecir quién se portará como verdadero “héroe” en esta novela —y ojalá le alcancen los yuanes para donarnos—, no hay salida real posible si dependemos exclusivamente de la buena voluntad de otro, incluso porque la “buena voluntad” en el juego geopolítico mundial siempre viene acompañada de una subrepticia factura alta a pagar.

REFERENCIAS

- Banco Mundial [2020], *Global Economic Prospects, January 2020: Slow growth, policy challenges*, EUA, Washington D. C.
- Cepal [2020a], “Covid-19 tendrá graves efectos sobre la economía mundial e impactará a los países de América Latina y el Caribe”, *Comunicado de prensa*, Cepal, 19 marzo.
- _____ [2020b], *América Latina y el Caribe ante la pandemia de covid-19: efectos económicos y sociales*, Cepal, 3 abril.
- _____ [2019], *América Latina y el Caribe: proyecciones de crecimiento, 2019-2020*, Cepal.
- Guimón, P. [2020], “Kristalina Georgieva (FMI): ‘Está claro que hemos entrado en una recesión tan mala o peor que la de 2009’”, *El País*, 27 marzo.
- Gurría, A. [2020], *Coronavirus (covid-19): Acciones conjuntas para ganar la guerra*, OCDE.

- OCDE [2020], *Afrontar el coronavirus: un esfuerzo global*, OCDE, 26 de marzo.
- Shalal, A. [2020], “Pandemic to hit growth in Asia, China: World Bank”, *Reuters*, 30 de marzo.
- UNCTAD [2020a], “The covid-19 shock to developing countries: Towards a ‘whatever it takes’ programme for the two-thirds of the world’s population being left behind”, *Trade and Development Report Update*, marzo.
- [2020b], “UN calls for \$2.5 trillion coronavirus crisis package for developing countries”, *All News*, 30 de marzo.
- Vidal, M. [2020], “La dispersión de los focos de contagios abre un escenario inédito en la lucha contra el coronavirus”, *El País*, 23 febrero.
- Wolf, M. [2020], “This pandemic is an ethical challenge”, *Financial Times*, 27 de marzo.

12. COVID-19 EN ESTADOS UNIDOS: RACISMO, DESIGUALDAD Y OTRAS INMUNODEFICIENCIAS DEL SISTEMA¹³

Advertencia: la siguiente historia es ficticia, pero está basada en hechos reales que acompañan su narración. Jefferson Davis, mecánico de autos, regresa a casa después de un largo día de trabajo. Hoy tuvo suerte, en el taller donde trabaja han comenzado los despidos, pero a él, por ahora, no le tocó la desdicha. Pasa por un camión de comida para llevar suficiente para tres. Fumó por primera vez en 13 años; por los nervios termina el cuarto cigarrillo en el día y tose. Anochece mientras camina a uno de los proyectos de vivienda pública que hizo el gobierno del estado de Nueva York hace décadas. El frío de primavera en el Bronx se siente en los descuidados pasillos de la construcción. Llega al único elevador del bloque de departamentos que aún funciona y oprime el botón. Seis vecinos más suben con él durante el corto viaje

¹³ En coautoría con Arturo H. Mejía e Itzel Dueñas estudiante y pasante – respectivamente – de la licenciatura en Economía, por la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (FE-UNAM). Publicado originalmente en el blog “Economía y sociedad”, revista *Nexos*, 7 de julio de 2020.

del primero al cuarto piso. Intercambian saludos impersonales, dos estornudan y Jefferson tose.

Entra en su pequeño departamento de una recámara —las rentas en la ciudad de Nueva York son de las más altas en el mundo, por lo que es prohibitivo habitar en un lugar más amplio—, y al cruzar la puerta él y su hijo adolescente, Miles, reciben un mensaje de Río, esposa de Jefferson, diciendo que tendrá turno doble esa noche en el hospital en el cual labora como enfermera. Para los “muchachos”, el sabor de la comida se va cuando saben que Río pasará otro día salvando vidas y simultáneamente arriesgando la suya. Jefferson tose de nuevo y su garganta comienza a molestarle. La cena es tranquila y la conversación sencilla. En la sobremesa, el padre evita hablar de los despidos y Miles intencionalmente elude mencionar la muerte por covid-19 de la señora López a unas puertas de distancia, quien no era mucho mayor que su madre. Jefferson estornuda y decide tomar antigripales, él sabe lo que significaría para su familia la posibilidad de que haya sido contagiado por el nuevo coronavirus, y se convence de que sus molestias deben ser fruto de las alergias típicas de la temporada primaveral o producto del anacrónico gusto por el tabaco. Durante la noche, padre e hijo tuvieron fiebre.

Un par de meses atrás, el mundo era un lugar distinto: Wuhan era prácticamente desconocido para el público; los viajeros de todo el mundo desfilaban como hormigas en los aeropuertos; la gente saludaba

de mano y abrazos; grupos de amigos y familias podrían verse en ocasiones tan diversas como hay excusas felices para organizar reuniones. La primavera sería muy corta y el 30 de enero de 2020 marcaría un antes y un después en la vida en Estados Unidos. Ese jueves de enero, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró que el ahora universalmente conocido virus de la covid-19 se había convertido en una emergencia internacional de salud pública [Nedelman, 2020]. El mismo día se documentó el primer caso de contagio de persona a persona que causó un poco de pánico en Chicago y propició que se cancelaran los eventos del Año Nuevo Lunar en el Barrio Chino local. Eso sería solo el comienzo del *tour* para el contagioso virus en Estados Unidos, donde todos están invitados, pero algunas comunidades tienen asientos en las primeras filas. Pocos hubieran podido prever que con la pandemia se traerían a la conversación pública problemas que discretamente habían sido puestos bajo la alfombra estadounidense.

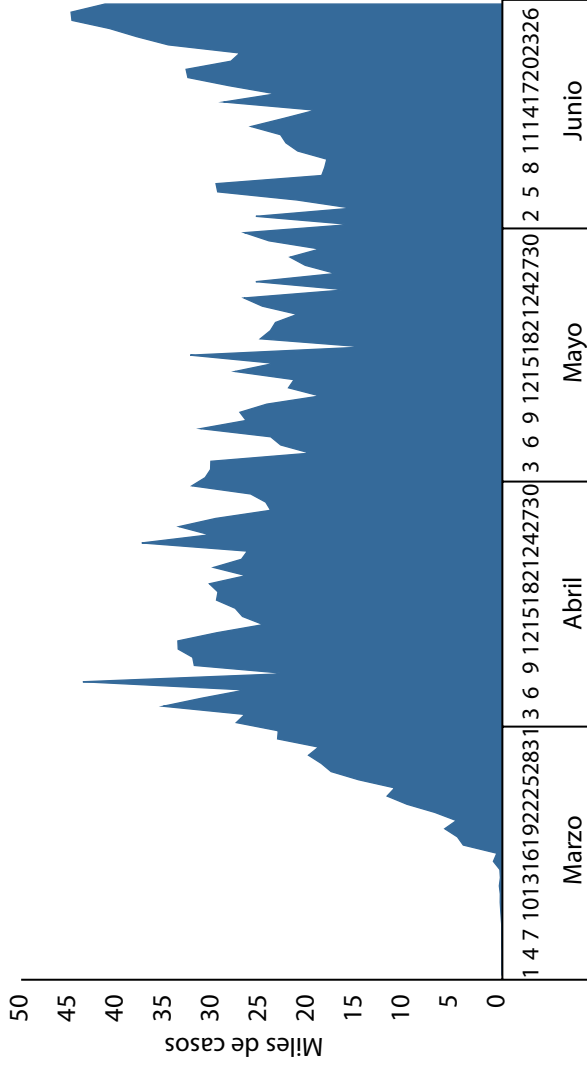
Al momento de escribir este ensayo, y de acuerdo con el Centro de Prevención y Control de Enfermedades (CDC, por sus siglas en inglés), hay un total de 2 581 229 casos positivos [CDC, 2020b] de covid-19 en Estados Unidos, de los cuales, 126 739 se han convertido en defunciones [CDC, 2020b] que, en perspectiva, son más personas que un Estadio Azteca abarrotado hasta su último asiento [Redacción Goal, 2019] —considerando que en su configuración actual tiene una

capacidad para 87 000 asistentes—. La gráfica 11 nos permite dar cuenta del número de nuevos casos en Estados Unidos, el cual se aceleró de manera notable en la segunda mitad de marzo, se redujo de acuerdo con la imposición de medidas de distanciamiento social, pero, conforme estas acciones comienzan a relajarse, se volvió a llegar a nuevos puntos críticos para finales de junio, similares a los otros momentos álgidos en la detección de contagios al comienzo de la pandemia.

El nuevo incremento vuelve a poner en riesgo a individuos con enfermedades respiratorias preexistentes o edad avanzada [CDC, 2020a]. Este segundo grupo, compuesto por personas de 65 años o más, concentra el 80 % de las muertes [CDC, 2020c] por covid-19, mientras que los estados con alta densidad poblacional también facilitan que, para junio del 2020, de las más de 100 000 muertes en Estados Unidos a causa del virus, solo 5 de los 50 estados [*The Atlantic*, 2020], incluyan a más de la mitad.¹⁴ Es de esperar que exista un mayor número de decesos de acuerdo con la población de un país y los estándares de vida por los que se rija, pero aun considerando esto, el comparativo de datos muestra cómo existen condiciones que contrastan con el resto de las naciones desarrolladas.

¹⁴ Nueva Jersey con 12 831; seguido de Nueva York con 29 523; Massachusetts con 7 216; Pennsylvania con 6 596; y finalmente, Illinois con 5 969.

Gráfica 11. Nuevos casos de covid-19: 1 de marzo a 28 de junio de 2020

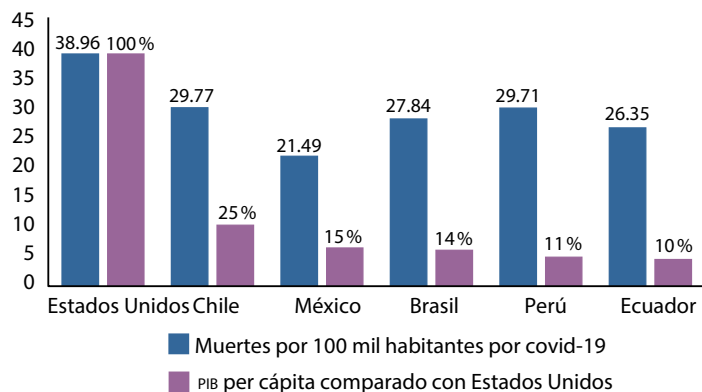


Fuente: elaboración propia con datos del Centro para la Prevención y el Control de Enfermedades [cdc], New cases by day, <<https://www.cdc.gov>>.

En la gráfica 12 se pueden observar dos variables distintas: la barra oscura indica el número de muertes por cada 100 000 habitantes a causa de la covid-19, mientras que la gris más tenue da cuenta del porcentaje que representa el PIB per cápita de cinco países [Banco Mundial, 2020] latinoamericanos seleccionados en comparación con Estados Unidos (por lo que, para este país, esta barra señala el 100 %). Encontramos que Chile es la nación que más se acerca al PIB per cápita de Estados Unidos, del cual abarca el 25 %, al mismo tiempo que se trata del país en América Latina que concentra más fallecimientos (29.77) por cada 100 000 habitantes —aunque en esta variable, Perú se acerca bastante con 29.71 decesos—. En el resto de los países, incluidos Brasil, Ecuador y México, el PIB per cápita es significativamente menor con porcentajes que no superan el 15 % al compararlos con el PIB per cápita de Estados Unidos. Sin embargo, son naciones que reportan ligeramente menos muertes por la covid-19. La reflexión que surge a partir de la lectura de esta gráfica es que, contrariamente a lo que podría intuirse, un mayor ingreso per cápita no se traduce de forma proporcional en menor número de fallecimientos por esta enfermedad, por lo que se podría afirmar que la covid-19 ha develado fallas muy graves en el acceso al sistema de salud, principalmente en Estados Unidos, cuyo diagnóstico

indica que estamos ante un sistema con cuantiosas inmunodeficiencias.

Gráfica 12. Comparación internacional entre PIB per cápita y muertes por covid-19 por 100 habitantes



Fuente: elaboración propia con datos del Centro de Investigación del Coronavirus [2020] y el Banco Mundial [2020].

Al principio de la pandemia, se decía que se trataba de un virus “de ricos”, ya que la expansión de este se dio en un inicio por la enorme interacción global y de quienes pueden acceder a recurrentes viajes por el mundo. Luego de arribar a las zonas metropolitanas de múltiples países subdesarrollados, el virus comenzó a extenderse con rapidez y el discurso cambió a “el virus nos afecta a todos por igual”. Sin embargo, ahora

se puede dilucidar que la covid-19 ni afecta solo a los ricos ni acomete a todos por igual: factores como el perfil étnico o de clase social influyen en los niveles de contagio del virus, y esto puede explicarse porque se trata de la población que “vive al día” y que debe exponerse afuera de sus casas para obtener los ingresos necesarios para asegurar su alimento diario. Tomando como ejemplo Nueva York, el estado más afectado por la pandemia, cerca de 67 % de los contagios corresponde a minorías étnicas [Villegas, 2020]; por otro lado, en Chicago –la sexta ciudad más poblada del país– el 72 % de las muertes confirmadas por covid-19 son de población afroamericana, aun cuando los residentes afroamericanos solo representan el 30 % de la población en la demografía de la ciudad [Villegas, 2020]. Un fenómeno similar ocurre con inmigrantes en Estados Unidos. La Secretaría de Relaciones Exteriores de México informa del fallecimiento de 566 mexicanos en Estados Unidos [De Alba, 2017], de los cuales 448 han muerto en Nueva York [De Alba, 2017], empero, el número exacto de migrantes mexicanos contagiados, en especial indocumentados, no puede conocerse con certeza. Por eso, volviendo un momento con los personajes de nuestra historia, Miles aún se pregunta si su vecina, la señora López, evitaba atención médica estatal por su falta de residencia legal.

Tanto las comunidades latinas como de afrodescendientes tienen similitudes que permiten observar

la existencia de un *racismo estructural*, forjado a hierro y fuego en una larga historia de inequidad en la sociedad estadounidense, como las diferencias en la calidad de educación en ambas comunidades étnicas que explican parte del diferencial de niveles de ingreso, mayores tasas de encarcelamiento, hacinamiento de viviendas, trabajos de bajo salario, menor acceso a servicios de salud asequibles, y, para el caso específico de los inmigrantes indocumentados, el temor de ser deportados si buscan servicios médicos públicos. Irónicamente, las actividades poco remuneradas [NBC, 2020] que realiza la población de estas comunidades son aquellas que se consideran esenciales. Ejemplo de ello son los trabajadores de tiendas de conveniencia, mensajeros, repartidores de comida, trabajadores de limpieza y transportistas; no solo no se recompensa el riesgo real que estas personas corren en épocas de pandemia, sino que se coloca directamente a las minorías en la línea de fuego por el contacto que tienen con un gran número de personas, y por ende, la cercanía con fuentes de infección. Así, la emergencia sanitaria agudizó la crisis multisectorial y visibilizó aún más la profunda desigualdad estructural que vive una gran parte de la población del mundo; pero, en Estados Unidos, esta desigualdad es ahora cuantificable más allá de lo económico, y se ha vuelto medible también en la tétrica aritmética de contagios y muertes.

Mientras la covid-19 exige distanciamiento social, en las últimas semanas han tenido lugar manifestaciones masivas en Mineápolis y otras ciudades del mundo en contra del abuso de autoridad que la policía comete repetidamente sobre la comunidad afrodescendiente y otras minorías. De nuevo, la tragedia de George Floyd y de los miles de enfermos dentro de las minorías cuentan una historia que trasciende siglos y generaciones: ocho minutos y el cuello de un hombre son las denuncias de Malcolm X y Martin Luther King en la década de los sesenta; las doctrinas gubernamentales de “separados pero iguales” para justificar la segregación racial institucional; y las leyes Jim Crow durante los siglos XIX e inicios del XX y su reproducción en el color de la piel de la mayor parte de la población carcelaria en el siglo XXI [Alexander, 2020]. Alrededor de la pandemia hay una multitud de vectores que debemos considerar al hablar de las personas que están muriendo y que explican la problemática que esta enfermedad ha visibilizado: ¿cuáles son las variables determinantes para el acceso a los servicios de salud en Estados Unidos?, ¿cómo recompensar a las personas más expuestas al nivel de contagio por la naturaleza de su trabajo?, ¿cuál es el escenario alrededor de las condiciones preexistentes prevenibles que complican el cuadro de salud de los infectados por covid-19?, ¿cómo solucionar las condiciones sociales e históricas de inequidad social que el

virus expone? El insomnio que invade a Jefferson Davis en su compacto apartamento sería el mismo que para muchas personas: temiendo por la covid-19, el constante estrés de los despidos, los altos precios de los servicios de salud en Estados Unidos, la incapacidad de afrontar las emergencias económicas personales, y preguntándose si, como trabajadores esenciales, él y su esposa serían los siguientes nombres en las estadísticas de enfermos y fallecidos.

Finalmente, es sabido que hay momentos históricos en los cuales la frontera entre realidad y ficción se vuelve mucho más tenue. Ante la emergencia sanitaria de la covid-19 estamos viendo cómo estalla la olla a presión inflada por las desigualdades estructurales en Estados Unidos, que es escenario, desde hace semanas, de un sinnúmero de manifestaciones multitudinarias en contra de la crónica violencia policial hacia los afrodescendientes. Lo cierto es que las trayectorias de George Floyd y la del imaginario Jefferson Davis se asemejan porque ambos forman parte de una población estructuralmente excluida que, bajo la asfixia de una pandemia global, y muestran las inmunodeficiencias congénitas del capitalismo en Estados Unidos y revelan el rostro cubierto de aquel que es “el país más rico del Tercer Mundo”.

REFERENCIAS

- Alexander, M. [2020], *The new Jim Crow: mass incarceration in the age of colorblindness*, New Press.
- Banco Mundial [2020], “GDP per capita (current US\$)”, DataBank, *GDP per capita (current US\$)*, 2020.
- CDC [2020a], “Adultos mayores”, *Enfermedad del coronavirus 2019 (covid-19)*, CDC, 25 de junio.
- _____ [2020b], “Cases in the U.S.”, *Coronavirus disease 2019 (covid-19)*, CDC, 30 de junio.
- _____ [2020c], “Covid-19 provisional counts weekly updates by select demographic and geographic characteristics”, *National Center for Health Statistics*, CDC, 24 de junio.
- De Alba, J. [2017], “Los 200 mil migrantes que Trump necesita”, *Pie de página, En el camino*, 14 de febrero.
- Johns Hopkins University [2020], “Mortality analyses”, *Coronavirus Research Center, Maps & Trends*, 1 de julio de 2020.
- NBC [2020], “Who qualifies as an ‘essential worker’ in New York state?”, *NBC5*, 22 de marzo.
- Nedelman, M. [2020], “World Health Organization declares coronavirus a public health emergency of international concern”, *CNN*, CNN Health, 30 de enero.

Redacción Goal [2019], “¿Cuánta gente le cabe al Estadio Azteca?”, *Goal, Noticias*, 29 de diciembre.

The Atlantic [2020], “US Historical Data”, *The covid tracking project*, The Atlantic, 1 de julio.

Villegas, F. [2020], “La pandemia está racializada. Desigualdad e inmunoprivilegio”, *Contranarrativas*, 21 de mayo.

SEMBLANZAS

Monika Meireles es licenciada en economía por la Facultad de Economía, Administración y Contabilidad de la Universidad de São Paulo (FEA-USP), con maestría en Integración de América Latina por el Programa de Posgrado Interunidades en Integración de América Latina de la misma institución (PROLAM-USP) y doctorado por el Programa de Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (PPELA-UNAM). Es autora de los libros *Soberanía monetaria, desarrollo y pensamiento económico latinoamericano: enseñanzas de la dolarización ecuatoriana* (2016) y *Crónicas económicas: finanzas y desarrollo al pormenor* (2019), ambos publicados por el Instituto de Investigaciones Económicas (IEEC-UNAM). Actualmente es Investigadora Titular A de Tiempo Completo adscrita a la Unidad de Economía Fiscal y Financiera del IIEC-UNAM; miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de Conacyt (nivel I) y fue la ganadora del Reconocimiento Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos (RDUNJA) en el área de investigación en ciencias económico-administrativas de la edición 2019.

Mona Shikida es artista plástica licenciada por la Escuela de Comunicación y Artes de la Universidad de São Paulo (ECA-USP) con especialización en pintura. Entre las actividades en su carrera profesional podemos destacar que ha frecuentado el estudio de Jarosław Kozłowski en Poznan, Polonia. Además, ilustró el libro *Vizinhança tensa* (2018), publicado por Editora Moinhos. Actualmente vive y trabaja en São Paulo, Brasil.